

MERCHE DIOLCH

y
llegaste
tú



DANIELLE



PARTE 12

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo

PARTE 12. DANIELLE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales.

Explora Descubre Comparte



Merche Diolch

DANIELLE

Y LLEGASTE TÚ 12

«Nosotros escogemos a quién dejamos entrar en nuestro mundo.»

Gus Van Sant, *El indomable Will Hunting*



Prólogo

Un año después

—Jaime regresa hoy —comentó Mónica mientras jugaba con Bruno.

Se encontraban en el jardín trasero de su casa, mientras esperaban a que Raquel llegara junto al resto de las chicas. Habían pensado en organizarle una fiesta al pequeño para celebrar que ya decía más de una palabra seguida. En realidad, no es que fuera un motivo especial, porque el hijo de Danielle ya hablaba, palabras sueltas, desde hacía un tiempo; pero con el calor, el verano y que hacía una temporada que no se reunían todas para hablar, a la novia de Lucas se le había ocurrido y habían estado de acuerdo.

—Sí, ya me lo dijo tu prima —señaló Danielle con aire distraído. Ninguno de sus amigos sabía de las postales que Jaime le había escrito..., que había escrito a su hijo, por lo que, aunque ya sabía que regresaba, se hizo la ignorante.

—Tony e Isra van a buscarlo al aeropuerto.

La joven francesa movió la cabeza de manera afirmativa, se tiró en el césped y comenzó a jugar con su hijo.

—Algo he oído...

—No viene solo —anunció como si no fuera importante.

Danielle tomó una pelota y se la lanzó a Bruno.

—No lo sabía... ¿Y quién lo acompaña? —preguntó como si no le importara la noticia.

Mónica se sentó a su lado y agarró la pelota con la que jugaba. La lanzó al aire un par de veces y luego al niño, quien gritó de alegría cuando se le escapó de entre las manos y fue tras ella corriendo.

Danielle observó a su amiga esperando que le contestara, a sabiendas de que era adrede la tardanza de su respuesta.

—Mónica... —No pudo evitar reclamar su atención.

La chica se tumbó de lado sobre la hierba y la miró con una sonrisa traviesa.

—¿Qué?

Ella la empujó tumbándola del todo, arrancándole una carcajada. Bruno, al ver a su tía postiza en

esa posición, se lanzó a por ella sin parar de reír.

Danielle apartó a su hijo de encima de su amiga y le dio un beso en la mejilla.

—Un segundo, Bruno. Estamos hablando de cosas serias...

Mónica se incorporó levemente y sonrió.

—Pensé que no querías saber nada.

Danielle se encogió de hombros y se levantó.

—Y no quiero. Has empezado tú la conversación. —Agarró la manita de su hijo y comenzó a andar, alejándose de su amiga.

Mónica negó con la cabeza, pero, lejos de olvidar el tema de conversación que mantenían, decidió ir tras ella.

—Está bien. Si eres tan convincente, te lo contaré...

Danielle se apartó de la cara el cabello, donde los largos tirabuzones volvían a estar presentes, y miró a su amiga, apoyando una de sus manos en la cadera.

—Desembucha, demonio.

Mónica se carcajeó.

—Con una chica...

La madre de Bruno la miró asombrada.

—¿Una chica? —Mónica asintió—. ¿Su novia?

Mónica se encogió de hombros y tomó en brazos a Bruno.

—Nadie lo sabe —respondió—. Ya sabes cómo es Jaime... No le gusta mucho hablar de sí mismo.

Danielle movió la cabeza de manera afirmativa y pensó que tenía razón. Su amigo..., su antiguo amigo, se guardaba todo para él, y le costaba un mundo hablar de sus cosas, de todo lo relacionado con su vida, de sus sentimientos...

Ella lo sabía muy bien.



Capítulo 1

El motor de un coche acercándose a la casa interrumpió la conversación de las dos jóvenes.

Mónica miró el móvil para comprobar la hora.

—Es pronto...

Danielle tomó en brazos a su hijo, que acababa de caerse de culo sobre la hierba, y se apartó el pelo de la cara con un suspiro. Comenzaba a hacer demasiado calor y, mientras los meteorólogos auguraban un verano de altas temperaturas, en su mente no dejaba de darle vueltas al tema.

Odiaba el calor.

Había vestido a Bruno con un pantalón corto y una camiseta con un dibujo de Pocoyó, pero, en cuanto llegó a la casa de Raquel, le quitó toda la ropa, dejándolo solo con el pañal. Hasta los zapatos y los calcetines habían acabado encima de la mesa, dejándolo disfrutar del tacto del césped en la planta de los pies, como ella... Era la única licencia que se había permitido, descalzarse en cuanto llegó, aunque si hubiera podido, se habría quedado también en ropa interior.

Agarró con la mano que le quedaba libre una de las botellas de agua que habían sacado de la casa y que ya se había recalentado, y bebió intentando sin suerte mitigar la sed.

—Quizás es Elsa, ya sabes que le gusta llegar con tiempo de sobra —comentó al mismo tiempo que se echaba algo del líquido por el cuello y mojaba a su hijo, haciéndolo reír.

Su amiga arrugó el ceño y se rascó la cabeza. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño alto para evitar que le diera calor, y negó al mismo tiempo. Dudaba de que fuera la hermana de Lucía la que acababa de llegar. Era demasiado temprano incluso para ella.

—No creo, pero por si acaso... —Se alejó de madre e hijo y señaló el camino que conducía hacia la entrada de la vivienda—. Me voy a acercar por si necesita ayuda.

Danielle asintió y se dejó caer otra vez sobre la hierba, mientras Bruno se reía de nuevo.

—De acuerdo. Silba si necesitáis algo.

Mónica movió la mano en un gesto de conformidad y le dio la espalda, desapareciendo al poco de su vista.

La francesa no tardó en prestar atención a su hijo, haciéndole cosquillas y carantoñas, disfrutando de su inocencia mientras rezaba por que no creciera tan rápido, por que pudiera disfrutar cada segundo de él, memorizando sus gestos, su sonrisa...

A pesar del mazazo que le supuso descubrir que su ex, el padre de Bruno, no quiso saber nada de ella ni de su hijo en cuanto le dio la noticia de su embarazo..., abandonándolos..., dejándola sola en una ciudad extraña..., nunca se arrepintió del camino trazado.

Para ella Bruno era un don, un regalo que la vida le había puesto delante y, aunque no podía negar que durante un segundo creyó que su mundo se derrumbaría sobre su cabeza cuando se vio sola, siempre supo que seguiría hacia delante. Por ella... Por él.

Podría haber llamado a sus padres... Podría haberles contado lo de su embarazo, que tenían un nieto, y ellos habrían acudido en su ayuda como en tantas otras ocasiones hicieron.

Podría haberles dicho tantas cosas, pero no lo hizo.

Se sentía avergonzada por su comportamiento, por haberlos tratado como la niña malcriada que siempre había sido y que no fue consciente de ello hasta que se encontró sola.

Los trató mal... Fue egoísta, pensando solo en ella, en sus propios intereses sin preocuparse de que sus actos, sus palabras, podrían herirlos; y hasta que no sucedió lo de Londres, hasta que no llegó Bruno a su vida, no supo todo lo que habían dado por ella y cómo les había respondido.

La realidad la había golpeado con fuerza y, en algún momento de lo que había experimentado desde el abandono de Antoine, pudo asumir un sentimiento de agradecimiento hacia su ex.

Gracias a él había conocido a Raquel y al resto de la pandilla, con quienes se sentía arropada y querida; Bruno había llegado a su vida..., al igual que Jaime.

Su hijo tiró de su cabello con fuerza devolviéndola al presente. Le dio un beso en la mano y él se rio, hasta que captó su atención con rapidez una pequeña mariquita que había sobre una brizna de hierba cercana.

Danielle le acarició los rubios rizos y sonrió con ternura, imaginando el momento en el que sus padres conocieran a su nieto. De seguro que lo querrían con locura, pero antes... Antes debía aprender a cuidarse por sí misma. Debía comenzar a forjarse una vida sin la ayuda de nadie.

Sentirse orgullosa de lo que había conseguido por sí sola. Pero hasta que eso sucediera, no hablaría con ellos.

—Te adorarán —le dijo a su hijo, tras hacerle una pedorreta en la barriga, arrancándole una carcajada. Lo levantó en el aire y apoyó su espalda en el suelo, provocándole nuevas risas.

—Danielle...

Ella se quedó quieta en cuanto escuchó su nombre, sintiendo como esa voz, que conocía tan bien, se le anclaba a los huesos y hacía que su corazón latiera a gran velocidad. Se incorporó con cuidado de no hacer daño a Bruno y miró al chico que estaba delante de ellos. Iba vestido con un vaquero negro ancho, muy lejos de los ajustados que se habían puesto de moda últimamente, unas deportivas clásicas negras, amarillas y blancas, y una camiseta azul donde la silueta de la ciudad de Nueva York destacaba en otro color. El cabello lo tenía más largo que la última vez que se

vieron, y los ojos verdes la miraban desde detrás de sus perennes gafas de pasta.

—Jaime... No has cambiado nada.

Este se llevó su mano hasta la nuca y agachó la mirada con timidez.

—Bueno... Solo ha pasado un año.

Danielle asintió con la cabeza e intentó levantarse del suelo con soltura, pero el pequeño comenzó a moverse, impidiéndole hacerlo.

—Espera... Te ayudo. —Le agarró la mano y sus miradas se enlazaron en cuanto su piel se tocó.

Jaime tragó como pudo la poca saliva que le quedaba en la garganta, y notó una sensación de sed que hasta hacía unos minutos no tenía, como si de pronto se encontrara en mitad de un desierto.

La joven aspiró el aroma masculino y sintió como su estómago se encogía.

—Gracias... —musitó, pero, en cuanto estuvo de pie, rompió el contacto.

Jaime la observó.

Ella se distrajo recolocándose el vestido de flores rojas que se había puesto.

Los dos callados, en silencio, al mismo tiempo que sus cabezas martilleaban con miles de preguntas, con un sinfín de comentarios, mientras sus corazones latían desbocados animándoles a que hablaran...

—Yo...

—¿Qué tal...?

Ambos hablaron al mismo tiempo, y ambos callaron de golpe.

Una tímida sonrisa nació en sus caras.

—Perdona... —se disculpó Jaime guiñándole un ojo.

—No, perdona tú...

La sonrisa se amplió en sus rostros y el silencio volvió a rodearlos, hasta que Bruno atrajo la atención de los dos. El pequeño tenía los brazos extendidos y emitía unos ruiditos, mientras trataba de acercarse al recién llegado.

—Eh, pequeño... —Le acarició la mejilla con un dedo, como si temiera tocarlo—. ¡Qué grande estás! ¿Te acuerdas de mí?

Bruno pateó con fuerza y abrió y cerró las manos varias veces en su dirección, como respuesta a su pregunta.

Danielle se rio.

—Claro que te recuerda —afirmó con seguridad—. ¿Quieres cogerlo?

La miró ilusionado.

—¿No te importa?

Ella negó con la cabeza y le acercó a su hijo, que Jaime no dudó en atrapar.

—Claro que no... —Los observó con cariño y sintió como sus ojos se inundaban de lágrimas ante la estampa—. Siempre serás una parte importante de su vida...

Jaime, que había estado mirando todo el rato al pequeño, devolvió la atención a su madre al escucharla.

—Y vosotros de la mía, prin... —Se calló de improviso cuando se dio cuenta de cómo la iba a llamar y miró de nuevo al niño, que le tiraba del pelo buscando toda su atención—. Estás enorme...

—Y ya anda, aunque eso ya te lo dijo Dulce... —comentó haciendo mención a una de las postales que habían recibido, en la que le indicaba que había visto a la hermana de Raquel; al mismo tiempo se limpió con rapidez una lágrima que se había deslizado por su mejilla. Acababa de darse cuenta de que había echado mucho de menos que la llamara «princesa».

Jaime buscó sus ojos almendrados, pero ella desvió la mirada. No quería que descubriera que estaba a punto de romperse.

—¿Eso es verdad? —le preguntó al pequeño, y cuando no consiguió su propósito, lo dejó en el suelo para comprobar lo que había dicho su madre—. A ver, Bruno... —Se alejó unos metros de él y se acuclilló—. Ven hacia mí...

El hijo de Danielle no dudó en dirigirse hacia el joven mientras se reía, abrazándolo con fuerza cuando llegó a su altura.

—Muy bien, muy bien... —Lo cogió en brazos de nuevo y le dio un beso en la mejilla—. Estás hecho todo un hombrecito...

—Y a ti te sienta muy bien... —le dijo una joven pelirroja en cuanto se acercó a ellos. Acarició la mano del niño y le dio un beso en la mejilla al adulto.

Jaime se carcajeó ante la sugerencia.

—No seas lianta, Buffy.

La chica se rio y lo agarró del brazo que tenía libre.

—Yo no entender.

Él se carcajeó todavía más alto al escucharla.

—Claro, porque no entiendes el español, ¿verdad?

La pelirroja se encogió de hombros y le guiñó un ojo travieso.

—Por eso...

Jaime negó con la cabeza como si esa escena ya la hubiera presenciado más de una vez y miró a la madre de Bruno, que los observaba confusa.

—Danielle, esta es Buffy. Es americana y es... —dudó durante unos segundos que a la francesa se le hicieron interminables antes de añadir—: una amiga.

—Una amiga especial —especificó la joven al mismo tiempo que la sorprendía dándole dos besos, para guiñarle un ojo a continuación.

—Hola... —saludó Danielle pasado un rato. Se había quedado sin palabras.

La pareja la miró esperando que dijera algo más, pero el silencio se asentó entre ellos hasta que Bruno volvió a reclamar su cuota de atención.

—¿Y este pequeñín cómo se llama? —preguntó Buffy intentando romper el hielo.

—Es Bruno, y es el hijo de Danielle...

La francesa asintió y se acercó hasta el pequeño como si al oír mencionar su nombre hubiera recobrado las fuerzas que necesitaba para reaccionar.

—Sí..., es Bruno —repitió—. Y ahora nos vamos, que creo que hay que cambiarle de pañal.

La pareja de recién llegados asintió a la vez, y Danielle no dudó en dirigirse hacia la casa a gran velocidad.

Buffy observó a su amigo, quien no apartaba la vista de la espalda de la francesa, y acabó golpeándole en el brazo con fuerza.

—¡Eh! Eso duele.

La pelirroja le sonrió acariciándole la zona dolorida.

—Ha sido por tu propio bien.

Él elevó incrédulo una de sus cejas.

—¿Por mi bien?

Asintió divertida.

—Ibas a salir corriendo detrás de ella...

Jaime empezó a negar con la cabeza, pero detuvo sus movimientos y terminó suspirando con fuerza.

—Vale, ¿tanto se me ha notado?

Buffy le dio un beso en la mejilla.

—Tranquilo, que para eso me has traído.

Él se rio y tiró de ella hacia la mesa, dando la espalda a la casa por donde había desaparecido Danielle con su hijo.

—Creí que era porque querías unas vacaciones.

—Eso también, pero cuando un amigo necesita ayuda, allí está Buffy.

Jaime se carcajeó con fuerza.

—¿Sabes que das miedo cuando hablas en tercera persona?

Ella le sacó la lengua y se sentó en una de las sillas.

—Más miedo va a dar la reacción de Danielle cuando vea lo que tienes preparado.

El joven se dejó caer al lado de ella y bufó.

—Espero que no...

Buffy le palmeó la mano con cariño.

—Yo tampoco, yo tampoco...



Capítulo 2

—¿No crees que llevas mucho tiempo dentro de la casa? —la interrogó Mónica en cuanto apareció en la habitación donde se encontraba con Bruno.

Danielle se encogió de hombros y siguió pendiente de su hijo, que jugaba con un muñeco que simulaba a la ratoncita presumida.

—Bruno estaba muy entretenido...

—Y tú has encontrado la excusa perfecta —le rebatió sentándose en la cama, a su lado.

La francesa se apartó el cabello de la cara y fijó la mirada en la ventana abierta, por donde se oían las voces de los que comenzaban a llegar a la fiesta.

—No sé a qué te refieres...

Mónica la empujó interrumpiéndola.

—Por supuesto, y yo soy Clara Campoamor.

—¿Clara qué? —le preguntó Danielle.

La prima de Raquel se rio y se levantó.

—Que entiendas y hables tan bien el español hace que se me olvide que eres francesa. Seguro que la historia de tu país la conocerás muy bien, pero la del mío, poco...

La madre de Bruno movió la mano de lado a lado.

—No te creas que la de Francia la conozco muy bien...

—Ya, seguro —la contradijo—. Debías de ser una niña de sobresalientes.

Danielle recogió del suelo el muñeco con el que jugaba su hijo y se lo devolvió.

—Hasta que me torcí por el camino —señaló en voz baja.

Mónica observó a su amiga, quien por un segundo había perdido su sonrisa para recuperarla en cuanto Bruno dijo «mamá», como si se tratara de una palabra mágica que pudiera curar todos los males.

—Pues Clara Campoamor —retomó la conversación, intentando alejarla de lo que pudiera haber pensado— consiguió el sufragio universal en nuestro país.

—¿Y estudiaste sobre ella?

La novia de Lucas movió la cabeza de manera afirmativa y sonrió.

—¿Tratas de cambiar de tema?

Danielle comenzó a jugar con su hijo.

—No sé a qué te refieres...

La risa de su amiga estalló en la habitación.

—¿Volvemos al comienzo?

La francesa suspiró y la miró avergonzada.

—Vale, sí. Tienes razón. Me estoy escondiendo.

Mónica miró por la ventana, comprobando que en el jardín cada vez había más gente, y observó que su prima acababa de llegar y no venía sola. Tony iba con ella, y a este le acompañaba un matrimonio mayor que, aunque no los conocía, por lo que pudo apreciar desde el lugar donde estaba, casi podía jurar que sabía de quiénes se trataban.

—No entiendo, con lo valiente que tú eres...

Su amiga se rio remarcando las sílabas una a una.

—No te equivoques. Yo soy muy cobarde.

Se acercó a ella y atrapó sus manos.

—Danielle, eres una de las personas más valientes que conozco —insistió.

Ella negó con la cabeza y le acarició las manos.

—Tu prima sí que es valiente. Luchar para superar un cáncer... —Buscó su mirada—. Yo, en cambio, no paro de huir.

Mónica chascó con la lengua el paladar y se sentó en el suelo, delante de ella.

—Raquel es valiente, sí. Por los escollos que ha tenido en su vida y que ha debido afrontar, pero tú también por los tuyos. —Señaló con la mano al pequeño que jugaba con el muñeco ajeno a la conversación que mantenían—. No todo el mundo habría conseguido sacar adelante a un bebé...

Danielle revolvió los rizos dorados de su hijo y sonrió con ternura.

—Es fácil cuando se trata de Bruno.

—No, no es nada fácil —la contradijo—. Estamos de acuerdo con que Bruno es un buen niño,

pero también ha tenido sus días malos.

—Pero todo se compensa con su sonrisa...

Mónica atrapó de nuevo una de sus manos y reclamó que la mirara.

—Pero te quedaste sola —espetó con firmeza—. Lo que para cualquier pareja habría sido una noticia de felicidad, traer una nueva vida al mundo... —observó al pequeño, que acababa de dar una especie de voltereta sobre el colchón que le arrancó una sonrisa—, para ti supuso un gran cambio que tuviste que afrontar sola —insistió—. Miraste al destino, ese que parecía que quería reírse de ti, y en vez de huir —dijo remarcando con fuerza el verbo que ella había utilizado con anterioridad—, seguiste hacia adelante.

—No podía hacer otra cosa. —Miró a su hijo—. Se lo debía a él.

Mónica no podía estar más orgullosa de su amiga al oírla.

—Te trasladaste a un país que no conocías... —continuó mencionando los logros que había alcanzado.

—En eso, mucha de la culpa la tuvo tu prima.

La hermana de Isra sonrió ante la mención de Raquel. Si no hubiera sido por la cabezonería de esta, quizás no habría conocido a la madre de Bruno nunca, ni al pequeño.

—Sí, Raquel puede ser a veces muy persuasiva.

Danielle se rio.

—Mucho.

Ella asintió.

—Mucho —repitió—. Pero gracias a esa cabezonería, acabaste aquí..., con nosotros.

La francesa apretó las manos de su amiga con fuerza.

—Y siempre le agradeceré que me trajera a vuestro lado —confirmó—. No sé qué habría sucedido si no os hubiera conocido...

—Nada —le indicó sorprendiéndola—. Habrías seguido adelante porque tú eres así: una mujer fuerte que saca la energía de hasta de debajo de las piedras y que consigue siempre su objetivo.

Danielle sintió como sus ojos se anegaban de lágrimas.

—No siempre...

Mónica se puso de rodillas y atrapó su cara para mirarla a los ojos.

—Siempre, Danielle. No te quepa ninguna duda —le rebatió una vez más—. Si casi nos tenemos que pegar contigo para que nos dejes cuidarte, cuidar a Bruno..., y más desde que Jaime se fue.

La francesa elevó una de sus cejas, confusa.

—¿Por qué dices eso?

La prima de Raquel se dejó caer al suelo y sonrió.

—Porque antes era Jaime el que te «engañaba» —dijo moviendo los dedos simulando unas comillas imaginarias— de alguna manera y conseguía que descansaras, llevándose al niño con él a pasear o a otro lugar. Era como si solo confiaras en él...

—No, eso no es cierto —la interrumpió con rapidez—. Confío en todos vosotros. Sois mi familia.

Le palmeó la pierna.

—Nosotros también te queremos, pero con Jaime era distinto, ¿verdad?

Danielle sonrió con timidez.

—Verdad —confesó a regañadientes.

Mónica dio una palmada en el aire y se incorporó.

—Pues Jaime ha vuelto, así que...

—¿Así, qué?

La prima de Raquel se cruzó de brazos y la miró desde la puerta del dormitorio.

—¿Vas a decirle que estás enamorada de él en algún momento o te seguirás callando?

Danielle abrió la boca y la cerró varias veces como si fuera un pez buscando el aire que necesitaba para respirar fuera del agua.

—Yo... Mónica, yo...

Esta apoyó la cadera en la pared y sonrió de manera prepotente.

—Está ahí, ha vuelto...

—Pero no por mí —indicó buscando esa excusa que necesitaba para no dar el paso que su corazón le imploraba que diera.

Mónica bufó con fuerza.

—¿Y qué más da? —Se encogió de hombros—. Lo importante es que está aquí, de nuevo, y que tienes otra oportunidad para ser feliz.

—Yo ya soy feliz. —Acarició a su hijo.

—Sí, Bruno te hace feliz. —Estuvo de acuerdo—. Pero desde que nuestro amigo se marchó, hay algo ahí dentro —dijo señalándole con el dedo la zona donde palpitaba el corazón con un ritmo diferente desde que Jaime había regresado— que no funciona como antes.

Danielle encogió uno de sus hombros, pero no dijo nada. No podía darle la razón, porque si eso ocurría, era muy consciente de que acabaría desmoronándose.

—Pero si eso fuera así... —Mónica sonrió con bravuconería al escucharla y de inmediato ella levantó su dedo índice para censurar su gesto—. Que no digo que lo sea, Jaime no está solo.

—¿Lo dices por Buffy?

Ella asintió.

—Es su amiga especial —señaló con retintín, repitiendo las palabras exactas que la pelirroja había utilizado para describir la relación que los unía a su amigo y a ella.

Mónica se rio, se acercó a la cama y tomó entre sus brazos a Bruno. Miró a la madre y le guiñó un ojo travieso.

—¿Estás celosa?

—¡Nada de eso! —exclamó con tono demasiado indignado, arrancándole una nueva carcajada a su amiga.

—Claro, claro... —Se acercó hasta la puerta y miró al pequeño que llevaba cogido—. Tu madre está celosa, pero ella no quiere reconocerlo —le dijo en tono confidencial, provocando que el pequeño se riera y que la francesa gruñera con fuerza al escucharla.



Capítulo 3

Danielle salió de la casa tras su amiga Mónica, que se había negado a devolverle a su hijo con la excusa de que ya era hora de que Bruno disfrutara de sus tíos postizos.

—Además, así no volverás a utilizarlo como el «comodín de la llamada».

—No sé a qué te refieres —rumió yendo tras ella.

Mónica se carcajeó y la miró de lado antes de descender las escaleras que conducían al jardín trasero de la vivienda, donde esperaban todos sus amigos.

—En realidad sí sabes a qué me refiero, pero prefieres hacerte la sueca, francesita. —Le guiñó un ojo que le robó una sonrisa.

—Danielle...

La sonrisa se le borró de la cara al reconocer la voz de quien la llamaba. Se giró con lentitud para cerciorarse de que no era un sueño y una bofetada de amor y alivio la golpeó con fuerza cuando vio a sus padres delante de ella.

De la impresión, a punto estuvo de caerse.

Sintió como las piernas le fallaban, como todo comenzaba a darle vueltas, hasta que Jaime la agarró por la cintura impidiendo que aterrizara sobre el verde suelo.

—¿Estás bien? —El joven se preocupó, acariciándole brevemente la mejilla cuando le apartó el cabello de la cara.

Los ojos almendrados se centraron en los verdes, esos iris que tanto había añorado. Anclados unos en los otros, intentando leer en ellos más de lo que sus dueños mostraban.

—Danielle, ¿estás bien? —le preguntó su padre, devolviéndola al mundo real.

—Sí, sí... —respondió corriendo, intentando tranquilizar a sus progenitores, al mismo tiempo que se separaba de su amigo para tratar de tomar cierta distancia entre ellos.

Se pasó la mano por el cabello en un tic nervioso, miró a Jaime con cierta timidez, sintiendo que sus mejillas enrojecían, y devolvió su atención a los causantes de su trastorno: sus padres.

Eran demasiadas las cosas con las que debía lidiar en ese día. El regreso de Jaime... con Buffy, su amiga especial, y ahora sus padres.

Los miró con el ceño arrugado y, por primera vez, se dio cuenta de que estaban muy cambiados

desde la última vez que los vio. Su madre seguía manteniendo esos tirabuzones que ella había heredado, aunque ahora eran mucho más más cortos y el color ceniza abundaba en su cabeza; al igual que su padre, cuyo bigote se había encanecido y su cabello, más blanco que negro, destacaba sobre su tez morena.

La palidez de su piel la había heredado de su madre. Una tersa y suave piel que, a pesar de los años que tenía, todavía mostraba con orgullo. Y los ojos marrones, de su progenitor... De pequeña siempre había deseado tener unos iris celestes, creyendo que compaginarían muy bien con su cabello rubio, pero, con el paso del tiempo, se dio cuenta de que sus ojos eran un gran tesoro, eran especiales, porque eran los mismos que tenía su padre.

Se dio cuenta de que los dos la observaban con temor. Los labios les temblaban y sus miradas brillaban con una triste luz.

No sabía qué hacer, qué decir... e instintivamente buscó a Jaime, que seguía allí, cerca de ella.

A pesar de que su intención había sido distanciarse de él, no se había movido ni un milímetro de su lado. Físicamente no la tocaba, pero su fuerza le llegaba y la impulsaba a que diera el paso que necesitaba.

Jaime movió la cabeza hacia el matrimonio mayor, que, al igual que su hija, no sabía cómo reaccionar, y le regaló una sonrisa de confianza. Esa sonrisa que hablaba de apoyo, de amistad y amor; ese gesto que le pedía que confiara, que, pasara lo que pasase, todo iba a salir bien.

Danielle cerró los ojos por unos segundos como si necesitara asimilar lo que su amigo le decía sin palabras, y miró de nuevo a sus padres.

Su madre lloraba sin poder evitarlo y su padre le agarraba la mano, sin apartar los ojos de su hija.

—Mamá, papá... Lo siento... —Se le quebró la voz justo cuando estos la arroparon en un abrazo, que a más de uno de los reunidos en el jardín les hizo derramar alguna que otra lágrima.

—Tranquila. No pasa nada... —la consoló su madre, dándole al mismo tiempo sendos besos en las mejillas.

Su padre le alborotó el cabello con ternura y le limpió la cara, intentando apartar las gotas saladas que la bañaban.

—El pasado, pasado es, cariño —comentó el hombre—. Lo importante es que ya estamos juntos.

Danielle asintió feliz, los besó y volvió a abrazarlos con fuerza como si temiera que pudieran evaporarse. Acababa de darse cuenta de lo mucho que los había extrañado.

—¿Estás bien? —se interesó su madre, al mismo tiempo que la miraba de arriba abajo como si necesitara cerciorarse por ella misma antes de que le diera una respuesta.

—Sí, sí... Algo cansada, pero estoy bien.

—Esas ojeras que tienes son la evidencia de tus palabras. ¿No duermes bien? —le preguntó su padre, posando la palma de la mano en la frente como si le tomara la temperatura.

Danielle se rio ante el gesto que tanto recordaba.

—Sí, doctor. —Besó esa mano fuerte y segura que tantas vidas había salvado en el hospital donde trabajaba—. O, por lo menos, lo intento...

—¿Y eso? —la interrumpió preocupada su madre—. ¿Los vecinos son molestos?

La joven se carcajeó para sorpresa del matrimonio.

—Bueno, se podría decir que a veces organizan alguna fiesta en la que quieren que participe.

—Si quieres cambiar de casa, volver con nosotros..., las puertas las tendrás siempre abiertas.

Danielle le sonrió con amor y le dio un beso en la mejilla.

—Pero tendría que haber hueco para uno más.

Su padre tensó la mandíbula por un segundo, lo justo para que ella lo apreciara, pero su esposa le apretó la mano con fuerza, como un gesto secreto que ambos compartían y que hizo que él se relajara.

—Cariño, te voy a ser totalmente sincero. —Ella movió la cabeza de manera afirmativa, animándole a que lo hiciera—. Antoine no es de nuestro agrado, pero si le quieres...

—Puede venirse a casa con nosotros —intervino su mujer con rapidez, a sabiendas de que a su marido le había costado mucho decir eso.

Danielle les sonrió. Acarició a su padre la cara y agarró una de las manos de su madre. Sabía que su oferta suponía mucho para ellos.

—Tampoco es de mi agrado, papá.

El hombre la miró confuso.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te ha hecho algo?

Negó con la cabeza con rapidez.

—Tranquilos... —Apretó con fuerza la mano de su madre y buscó los ojos de su padre—. Ya pasó...

—Pero...

—Papá, estoy bien —indicó con fuerza y miró a todos sus amigos, esos que la habían acogido sin dudarle y que se habían convertido en su familia—. Ya estoy bien.

Su madre miró a su alrededor y les agradeció desde la distancia a los allí reunidos que hubieran cuidado de su hija.

—¿Entonces? —se interesó su padre—. ¿De quién estamos hablando?

Danielle buscó a Mónica y, tras encontrarla no muy lejos de ellos, fue a su encuentro.

El matrimonio mayor siguió todos sus movimientos extrañado hasta que observaron como cogía en brazos a un niño pequeño que se parecía mucho a su hija. Ambos compartieron miradas entre confusas e ilusionadas, y cuando Danielle llegó a su lado esperaron ansiosos su explicación.

—Papá... Mamá... —Posó sus ojos en cada uno de ellos—. Os presento a Bruno, vuestro nieto.



Capítulo 4

—¿Qué tal han ido las cosas? —le preguntó Jaime en cuanto se sentó a su lado.

Se encontraban al final del embarcadero de madera, con las piernas colgando sobre el lago sin que nada ni nadie pudiera molestarlos.

—Bien... —Lo miró de lado—. Mejor de lo que esperaba.

—Me alegro —le indicó; y, pasados unos segundos en los que le costó desviar su atención del rostro femenino, agarró una pequeña piedra que había cerca de ellos y la tiró con más fuerza de la que requería al agua.

—Yo que pensaba que iba a dar pequeños saltitos sobre la superficie hasta hundirse —comentó con sorna.

Jaime se pasó la mano por el cuello y sonrió avergonzado.

—Esa era la intención, pero luego... —Se encogió de hombros sin acabar la frase.

—Gracias —musitó de pronto, atrayendo su atención.

—¿Por qué? Creo que no ser un experto lanzador de piedras no se merece tu agradecimiento...

Danielle se rio.

—No, tonto. —Lo empujó con el cuerpo, moviéndolo levemente—. Ya sabes por qué...

Jaime le apartó un mechón de cabello de la cara y se lo colocó tras la oreja, dejando que sus dedos le acariciaran la mejilla en el camino.

—Tenía miedo por si te enfadabas —reconoció a media voz.

Buscó su verde mirada.

—Cuando me lo dijeron, casi salgo corriendo detrás de ti para decirte... no, mejor, gritarte bien alto lo que pensaba sobre que te hubieras metido en mi vida...

Él sonrió a sabiendas de que lo que le decía era verdad. La conocía muy bien y sabía que esa reacción era la misma que había sufrido en el pasado, cada vez que intentaba sacar el tema, insistiendo en que los llamara y les contara lo de Bruno... Era el único motivo por el que discutían cuando eran amigos, un enfado que les duraba más bien poco, porque ninguno de los dos sabía estar mucho tiempo sin hablarse. De hecho, solo una discusión había durado más tiempo del que ambos deseaban y la causa había sido el viaje a Nueva York, el nuevo trabajo y... su

relación... Estaba seguro de que, si no hubiera cruzado el charco, habrían terminado solucionándolo mucho antes.

Por eso, cuando Jaime tomó la decisión de que debía dar el paso, recolocar las piezas del puzle de su vida en otro orden que le satisficiera más, lo primero en lo que pensó fue en los padres de Danielle, a pesar de las consecuencias que podía acarrearle su intromisión. Los llamó y, sin dudar, compró un vuelo a París, solo para reunirse con los padres de su amiga.

—¿Y qué te lo impidió?

La joven le señaló con el dedo índice.

—Tú.

Atrapó su dedo y la miró incrédulo.

—¿Yo?

Ella asintió.

—Ahora mismo soy feliz, muy feliz. Bruno ha conocido a sus abuelos; de hecho, está en este instante con ellos, porque ha decidido que mi padre es el mejor juguete que se ha encontrado en todo el día...

—¿Y eso? —se interesó divertido.

Danielle suspiró.

—Porque no para de llevarlo a caballito por todo el jardín... ¿Te imaginas? Si lo vieran sus compañeros del hospital, ni se lo creerían.

Jaime se rio a la par que ella.

—Los nietos consiguen que nuestros padres hagan cosas que no nos habríamos imaginado nunca.

Danielle movió la cabeza de manera afirmativa.

—Ahí los he dejado... y mi madre no para de hacerle fotos a Bruno con el móvil para mandárselas a sus amigas.

El joven de gafas le pasó una mano por la espalda.

—Lo quieren mucho y todavía no lo conocen.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Y todo gracias a ti. —Elevó la cara y lo miró. Pocos centímetros los separaban, provocando que sus respiraciones se entrelazaran—. Debería haberlos llamado mucho antes, haberles contado

lo de Bruno..., como tú me decías.

Jaime le agarró la barbilla.

—No estabas preparada...

Ella asintió.

—Pero debería haberlo hecho. —Se separó de él para desilusión de Jaime—. Los he privado de los dos primeros años de vida de Bruno...

El joven le cogió la mano con fuerza y sus miradas volvieron a enredarse.

—No pienses en ello. Lo hecho, hecho está y no se puede volver atrás. —Le dio un beso en la mano—. Hay que mirar al futuro y lo que queda por construir... juntos.

Danielle sintió como su corazón se detenía al escucharle la última palabra.

—Jaime...

—Tus padres te quieren y ahora será difícil que se alejen de ti. Bruno genera algo adictivo que hace que queramos regresar a vuestro lado.

La francesa arrugó el ceño por un segundo, se mordió el interior de la mejilla y se soltó de Jaime con la excusa de intentar recogerse el cabello.

—Sí, mi hijo es adictivo —convino con él, aunque un sentimiento de decepción se abrió paso en su interior. No sabía cómo valorar las últimas afirmaciones del que consideraba su amigo o, mejor dicho, de la persona por la que se sentía atraída, que... amaba. Podría ser que Jaime hubiera vuelto por Bruno, porque echaba de menos a su hijo, estar al lado de él, verlo crecer..., y si fuera así, ¿dónde la dejaba a ella...? Se habría olvidado de lo que habían compartido, habría descubierto que nunca le había profesado ningún sentimiento salvo el de la amistad...

Un sinfín de preguntas se amontonaban en su cabeza a las que no hallaba respuesta y que, lejos de calmarla, la estaban poniendo mucho más nerviosa.

Lo observó con disimulo y comprobó que tenía la mandíbula tensa, y que las gafas hacía rato que descansaban sobre la tarima de madera del embarcadero. Ambos se habían sumido en un silencio tenso e incómodo que ninguno sabía cómo romper.

No corría ni una gota de aire y el calor sofocante se anclaba en sus huesos.

—¿En Nueva York hacía tanto calor? —le preguntó buscando un tema inofensivo. Hablar del tiempo siempre era una buena solución.

—Julio y agosto son los meses de más calor allí, pero, cuando me vine, hacía muchos menos grados —la informó mientras se quitaba las deportivas y se deshacía de los calcetines.

Las sandalias de Danielle esperaban en una esquina desde que habían llegado.

—Siempre está bien regresar al hogar...

Él la miró con una ceja elevada.

—¿Te estás burlando de mí?

Negó con la cabeza con rapidez, pero sin eliminar la sonrisa que había en su cara.

—Solo digo que no querrías haber llegado en mitad de una ventisca de nieve, ¿no?

Él se pasó la mano por su cabello castaño.

—Si lo expones así... —Le guiñó un ojo—. Aunque guardo un buen recuerdo de la noche que compartimos cuando las carreteras se colapsaron por la nevada que cayó.

—El nacimiento de Bruno siempre será especial...

—Es una fecha que no podré olvidar jamás.

Ella asintió feliz de escucharle.

—Que estuvieras a mi lado lo hizo todavía más especial.

Los dos se miraron con intensidad tras esa confesión y el silencio volvió a arroparlos.

—Danielle, yo...

Ella negó con la cabeza y atrapó su mano con fuerza.

—No, no digas nada —le rogó—. Quiero guardar este momento... Tú y yo, como antes...

Amigos.

—Pero...

Le posó el dedo índice y el corazón sobre la boca acallándolo.

—Por favor...

Jaime besó los dedos y asintió, aunque no estaba del todo conforme.

—Está bien. Tú ganas...

—Gracias.

—Pero eso no quiere decir que no tengamos una conversación pendiente, Danielle.

Ella fijó sus ojos en los verdes de él, donde la seguridad de sus palabras estaba presente, y asintió reticente.

—Está bien, pero ahora no. Ahora mejor nos damos un baño.

—¿Un baño? —le preguntó extrañado—. Yo no he traído bañador.

La madre de Bruno se levantó y comenzó a quitarse el vestido que llevaba.

—Yo tampoco.

Jaime se incorporó con rapidez, algo sorprendido al ver lo que su amiga hacía.

—Danielle, ¿qué haces?

El vestido acabó a sus pies, dejándola expuesta ante sus ojos con el sujetador rosa y el *culotte* del mismo color que llevaba.

—Voy a bañarme —señaló como si fuera de lo más evidente y se lanzó al agua, apareciendo al poco por la superficie—. Está buenísima —indicó al mismo tiempo que se apartaba el cabello mojado de la cara y lo miraba retadora—. ¿Te atreves?

Jaime la observó obnubilado, como si se tratara de una sirena que lo hubiera cautivado, y, tras mirar a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie cerca, decidió seguirla. En cuanto se deshizo de la ropa y se quedó en bóxer negro, se tiró de bomba al lago.

El agua saltó por encima de la cabeza de Danielle, empapándola.

—¡Eres un bruto! —lo acusó en cuanto salió a la superficie.

Jaime sonrió con bravuconería.

—¿No querías mojarte? Pues no pongas condiciones, princesa.

Danielle lo salpicó con las manos y se rio.

—Pero por tu culpa ya han desaparecido mis tirabuzones...

Él la miró incrédulo.

—¿Estás hablando en serio? —Sacudió la cabeza de manera afirmativa sin esconder su diversión—. Y cuando te has tirado de cabeza... —movió el brazo simulando lo que decía, metiendo su mano por el agua para sacarla a continuación—, ¿ahí no te has mojado el pelo?

Danielle negó con una sonrisa enorme.

—Para nada —comentó mordiéndose el labio—. La culpa de que no estén mis tirabuzones es tuya. —Lo señaló con el dedo—. Solo tuya...

Jaime atrapó su mano y tiró de ella arrancándole una carcajada.

—Conque esas tenemos... —Le apartó el cabello con ambas manos, las deslizó por su espalda,

sin apartar la mirada de la de ella, y rodeó su cintura—. Danielle...

—¿Sí? —Fue lo único que pudo pronunciar. Su contacto la había dejado muda.

—Respira...

Ella arrugó el ceño.

—¿Que respire?

Jaime le besó la punta de la nariz y le regaló una traviesa sonrisa.

—Respira, princesa. —Fue decir eso y la agarró con fuerza para hundirla en el agua.

A los pocos segundos la rubia cabeza asomó por la superficie, al mismo tiempo que la tos de su dueña se escuchaba por todo el lago.

—¡Eres un bruto! —le repitió golpeándolo en el pecho.

Jaime se rio a mandíbula batiente.

—Te he avisado...

Ella lo miró por entre los mechones de pelo y le sacó la lengua.

—No lo suficiente —lo acusó e intentó alejarse de él, pero este se lo impidió.

Jaime atrapó uno de sus pies y tiró de ella con fuerza, obligándola a acercársele.

—Venga, no te enfades. —La agarró de la barbilla y buscó su mirada.

Ella le sacó de nuevo la lengua en cuanto sus ojos se encontraron y le pellizcó con fuerza el brazo, arrancándole un grito de dolor.

—Ya estamos en paz —le indicó y trató de huir de su lado, pero él la abrazó por la cintura con fuerza y se lo impidió.

Sus miradas se encontraron de nuevo y sus respiraciones, aceleradas por el enfrentamiento, eran la única banda sonora que los acompañaba.

Jaime le apartó el cabello de la cara.

Danielle le quitó una hoja que se le había quedado en el hombro, pero en vez de alejarse de su contacto, dejó su mano asentada sobre su cuerpo.

Los ojos almendrados unidos a los verdes, y sus bocas clamando por un beso que extrañaban desde hacía mucho tiempo.

Jaime se acercó a ella.

Danielle se aupó como pudo, intentando acortar la distancia que los separaba.

Solo era un beso... Una caricia húmeda que los dos imploraban...

—¡Qué bien! Ahí los dos y no nos invitáis al resto a participar de la fiesta acuática.

La voz de Buffy los devolvió al presente.

Danielle se separó con rapidez de Jaime, como si estuviera haciendo algo prohibido, y este miró a su amiga americana con ganas de matarla.



Capítulo 5

—¿Cómo vas?

Danielle miró a Raquel, que se había sentado a su lado en una de las hamacas de madera que había en el muelle. El resto de la pandilla estaba en el lago, intentando sofocar el calor que sentían. Ninguno llevaba bañador, pero la ropa interior cumplía su objetivo para nadar y hacerse aguadillas entre risas y bromas, mientras ella jugaba con Bruno, algo reticente de que lo hubieran sacado del agua.

—Bien... —respondió a su amiga.

Raquel observó a los demás y sonrió cuando vio cómo su primo Israel hundía la cabeza de Jaime debajo del agua y este salía de inmediato para ir detrás de él.

—¿Y sobre él? —Movió la cabeza señalando al joven.

Danielle observó a quien mencionaba con atención, pero en cuanto se le acercó la pelirroja, desvió la vista hacia su hijo.

—Bien. Supongo...

—¿Supones?

Ella se encogió de hombros.

—Sí... Bueno... No sé...

Raquel se rio y se recostó en la tumbona.

—Veo que lo tienes muy claro.

Danielle suspiró y volvió a mirar al causante de su desasosiego.

—Todo este tiempo me ha estado enviando postales —confesó.

La novia de Tony se volvió hacia ella sorprendida.

—¿Te ha escrito?

Ninguno sabía de ese tema. Danielle no les había dicho nada... Primero porque pensó que sería un caso aislado, pero luego, cuando comenzaron a llegar más cartas, porque era como si fuera algo íntimo entre los dos..., a pesar de que el destinatario de las misivas era su hijo.

—Bueno, en realidad se las enviaba a Bruno, pero algo es algo, ¿no?

Raquel atrapó la mano del pequeño y miró a su amigo.

—Ya me extrañaba que Jaime rompiera la relación tan fácilmente...

Danielle la observó confusa.

—¿Por qué dices eso?

La joven, que llevaba su pelo castaño recogido en una trenza, comentó:

—No sé si sabes que, cuando vino Tony en mi busca —miró a su novio y sonrió al recordar ese momento. Parecía que fue ayer cuando el músico apareció en ese mismo lugar, preocupado por su estado, pero, sobre todo, deseoso de comenzar una relación con ella... y ella no se lo puso fácil —, Jaime me confesó que estaba enamorado de mí desde siempre.

La francesa arrugó el ceño, observó al joven por el que sentía mucho más que una simple amistad y notó cierta desazón en el estómago.

—¿Jaime? —preguntó casi sin voz.

Raquel agarró su mano y la apretó en un gesto que buscaba transmitirle tranquilidad.

—Estaba confundido —le explicó tratando de alejar sus demonios—. Han sido muchos los años que llevamos juntos y confundió la amistad que nos unía con un enamoramiento artificial.

Danielle atrapó uno de sus mechones húmedos y empezó a enroscarlo entre los dedos.

—¿Cómo estás tan segura?

Las dos chicas se miraron cara a cara.

—Por ti.

—¿Yo? —Se señaló con la mano.

Raquel asintió.

—Desde que llegaste conmigo de Londres, Jaime no se ha separado de ti. Al principio le costó acercarse...

Danielle sonrió al recordar la escena.

—Casi salió corriendo.

La otra se rio con fuerza.

—No, cariño, lo hizo.

Danielle no pudo más que carcajearse ante su comentario. Tenía razón. Jaime apenas le había dirigido la palabra cuando se presentó en la fiesta sorpresa que habían organizado a su amiga y, en cuanto pudo, desapareció por la casa.

—Pero no entiendo... —intentó retomar la conversación cuando sus risas cesaron.

—Por cómo te mira, como sigue cada uno de tus movimientos, como se desvive por ti... —comentó tratando de aclararle lo que todos veían y ella no—. Sus ojos tienen un brillo especial cuando menciona tu nombre y es el primero que te tiene en cuenta para cualquier cosa que estemos preparando. —Le guiñó un ojo—. Si se hubiera comportado conmigo así, te garantizo que lo hubiera notado, que hubiera sospechado algo, incluso esa amistad que nos ha unido desde siempre podría haberse transformado, pero...

—¿Pero?

Raquel observó al protagonista de la conversación.

—Jaime tenía miedo.

Danielle la miró para buscar a continuación al chico que se reía por algo que Lucas y Mónica le contaban en ese momento. Le parecía raro que a esa misma persona que se divertía sin ninguna preocupación pudiera asustarla alguna cosa.

—¿A qué?

—A los cambios —anunció Raquel cambiando su sonrisa por un gesto más serio—. Le dio miedo que con Tony todo pudiera cambiar, que nuestra amistad se terminara y que me distanciara de él. Nuestro chico —dijo moviendo la cabeza en su dirección— prefiere que todo siga como siempre, sin alteraciones.

—Pero la vida en sí misma es la transformación personificada...

Raquel asintió. No podía estar más de acuerdo. Su propia experiencia, la que le ofreció la enfermedad que había superado, la había llevado por diferentes caminos.

—Aunque no lo reconozca, porque nuestro cabezón no lo ha reconocido nunca, asocia esos cambios con cosas malas y entonces le dan pavor.

—Por eso le gusta lo antiguo, todo lo *vintage*. —No fue una pregunta, sino más bien una afirmación.

Raquel asintió de nuevo.

—Considera que todo tiempo pasado fue mejor.

Danielle se mordió el interior de la mejilla y cogió entre sus brazos a Bruno, que comenzaba a quedarse dormido.

—¿Por qué?

Su amiga negó con la cabeza.

—¿Y por qué no? En esta vida no tiene que haber un motivo para todo... A medida que vamos creciendo nuestros valores se van asentando, así como nuestros gustos, ideologías, pensamientos y aficiones, incluso aquello que aborrecemos o nos disgusta; aunque muchas veces pensemos que es porque nuestras creencias no nos llevarían nunca hacia ellos, la vida que hemos vivido es la que nos ha dirigido hacia esos caminos, a los que creemos ser fieles porque tienen la verdad absoluta. Si hubiéramos tomado otras decisiones, quizás nos sorprenderíamos de nosotros mismos. —Miró a su amigo, que nadaba en ese instante por el lago—. Jaime ha nacido bajo el cariño de unos padres que le han enseñado que la vida es fantástica tal como es, sin ocultarle las tristezas que se esconden bajo esa capa que solo recordamos cuando vemos el telediario o leemos un periódico; con sus amigos ha reído, llorado, gritado y cantado...

—¿Cantado? —preguntó con curiosidad.

Raquel sonrió con picardía.

—Es una larga historia donde intervienen una botella de vodka, un micrófono que encontramos en la basura y un viejo transistor que arregló; una de las primeras cosas que logró hacer funcionar. —Amplió la sonrisa y movió la mano en el aire como quitando importancia al asunto—. Si le preguntas, te lo contará. —Danielle asintió y se apuntó en tareas pendientes

hacerle esa pregunta—. El tema es que a nuestro amigo no le gustan los cambios y tú has sido uno enorme. —Movié las manos como si abarcara con ellas la palabra, al mismo tiempo que se detenía en cada una de sus sílabas—. Y gracias a ti, se marchó a Nueva York...

La francesa se recolocó en la tumbona con cuidado de no despertar a su hijo.

—No sé si él lo verá como algo bueno —comentó recordando la razón por la que tomó esa decisión—. Ese viaje supuso que rompiéramos nuestra relación, que... —se calló de pronto como si temiera reconocer en voz alta lo que le había dicho para que tomara ese camino— que le mintiera...

Raquel le apartó el cabello de la cara y posó la mano en su mejilla, sin apartar la mirada de los ojos almendrados.

—Cuando las mentiras tienen un buen fin, se perdonan.

Danielle se mordió el labio.

—Le dije que solo podía ser su amiga porque no lo quería...

—¿Y lo amas?

Ella asintió observando al causante de su estado.

—Pensé que había querido a Antoine, el padre de Bruno... —miró a su hijo, quien dormía ajeno a la conversación—, pero hasta que conocí a Jaime no descubrí lo que significa en verdad la

palabra amor. Con él soy feliz, mi corazón late desbocado con una sola mirada suya y mi piel se eriza cuando me toca... Vivir este año sin verlo, sin hablar con él, ha sido un infierno y si no hubiera sido por esas postales... —Miró a su amiga con los ojos brillantes—. Sé que escribía a mi hijo, que eran para él, pero ver su letra y pensar que esa misma postal había sido sostenida por sus manos, elegida por él por un determinado motivo... Tenía la esperanza de que se acordara de mí cuando la escribía, que recordara lo compartido y me perdonara. —Suspiró con fuerza—. No sabes la ilusión que me hizo cuando llegó la primera en la que me mencionó... —Sonrió con tristeza—. Fue breve, muy breve... Hacía alusión a que sabía que Bruno «me dejaba dormir más»... —Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla—. Pero fue suficiente para creer que me había perdonado e incluso —dijo buscando su mirada— que podría haber algo entre nosotros cuando regresara... Soy una ilusa.

Raquel le limpió el rostro y atrapó su barbilla.

—Ilusa, no. Eres una mujer enamorada que todavía tiene esperanzas de lograr su final feliz, ese que aparece en los cuentos de hadas.

—No creo en los cuentos de hadas —reconoció—. Nunca me ha gustado la idea de que haya que esperar al príncipe que salva a su princesa.

—¿Quién dice que el príncipe deba salvar a la princesa en esta historia?

Danielle arrugó el entrecejo.

—Así son esos cuentos, Raquel —le indicó como si su amiga estuviera muy perdida en lo referente a los cuentos infantiles.

Su amiga le regaló una sonrisa prepotente.

—Lo sé, tonta, pero tú ya has cambiado las reglas.

—No sé a qué te refieres.

Raquel miró a Jaime y amplió su sonrisa.

—Estás cambiando a nuestro príncipe —explicó—. Lo has animado a irse a Nueva York, alejarse del área donde se encontraba más cómodo y, a pesar de ello, de la discusión que provocó su decisión, ha vuelto a tu lado.

Danielle se rio, no muy alto para no despertar a su hijo.

—Lo de «a mi lado» no lo veo tan claro como tú.

La novia de Tony movió la cabeza hacia su amigo y luego la miró.

—Si no, ¿qué hace aquí?

—Visitar a su familia, a nosotros...

—A ti —señaló.

—Como vosotros, soy su amiga, o eso creo.

Le revolvió el cabello dorado que ya comenzaba a estar seco.

—Y mucho más —dijo con retintín—. Dale tiempo y verás.

Danielle observó a Jaime, que en ese momento tenía a Buffy sobre su espalda.

—Y entonces, ¿por qué la ha traído?

Raquel siguió su mirada.

—Porque es su amiga y quería unas vacaciones.

La francesa tensó la mandíbula sin apartar la atención de la pareja.

—Pero ella es «especial» —murmuró.



Capítulo 6

—¿Te vas? —le preguntó Jaime asustándola.

Estaba en la casa, guardando en una bolsa todo lo que había llevado de Bruno para ese día, mientras sus padres esperaban en el jardín con su nieto. No esperaba a nadie y menos que se presentara de improviso su amigo, quien no paraba de estar presente en su cabeza y había provocado que sus nervios estuvieran alterados.

Se giró para mirarlo.

—Sí, mis padres están cansados. Quieren irse al hotel y me he ofrecido a acompañarlos. Así también descansamos Bruno y yo.

—¿Demasiadas emociones para un día? —se interesó apartándole de la cara uno de los mechones dorados, dejando que sus dedos le acariciaran la blanca piel, que tenía un color más rosado en ese momento y no podría jurar si era a causa del sol o porque él lo provocara.

Danielle tembló ante el contacto.

—Unas pocas... —Sonrió con timidez.

—Espero que buenas.

—Sí, ganan por goleada las buenas —comentó cerrando la cremallera de la bolsa para mirarlo a continuación.

—¿Ha habido algo malo? —la interrogó preocupado.

La chica se colgó la bolsa al hombro y, aunque al principio dudó en contarle algo de la conversación que había mantenido con sus padres, se acordó de que tratar los temas que le preocupaban con Jaime siempre le había sentado bien.

—Hemos hablado poco de cuando me marché, como si temieran sacarlo a colación por si me molestaban o pudiéramos acabar enfadados, pero el nombre de Antoine ha salido un par de veces sin poder evitarlo —reconoció sentándose en el sofá y dejando caer la bolsa al suelo en un gesto de rendición.

Jaime se acomodó a su lado y atrapó su mano.

—¿Les has contado todo?

Ella asintió.

—Sí, quiero que a partir de ahora nuestra relación no esté plagada de mentiras y desconfianzas, por lo que tuve que explicarles que el padre de su nieto nos abandonó cuando se enteró de mi embarazo.

El chico apretó con fuerza su mano.

—¿Ha sido doloroso?

Negó con la cabeza.

—Más bien triste...

La miró confundido.

—¿Por qué?

—Porque, aunque debió ser uno de los momentos más felices de mi vida... —posó la mano que tenía libre sobre su tripa en un acto inconsciente—, estuvo empañado por...

—Un hijo de puta —soltó Jaime rechinando los dientes.

Danielle lo miró sin poder esconder su sonrisa al escucharlo.

—Sí, pero yo no lo describiría de esa manera.

Él se encogió de hombros y correspondió a su sonrisa con otra.

—Lo he resumido a la perfección. —Danielle se rio y él la miró obnubilado. Posó la mano en su mejilla, interrumpiéndola, y sus ojos se encontraron—. He echado de menos tu risa...

La joven sintió de pronto la garganta seca ante su confesión. Posó su mano sobre la de él y giró la cara para darle un beso en la palma.

—Yo te he extrañado a ti...

El silencio se asentó entre ellos, como un espectador que llevaba tiempo pendiente de cada una de sus palabras, de sus gestos..., expectante de que dieran el paso que los dos ansiaban y por temor no daban.

Sus miradas brillaron, sus respiraciones se entrelazaron y el ambiente se cargó de electricidad.

—Danielle, yo...

Ella negó con la cabeza y, sin darle oportunidad a continuar hablando, se abalanzó sobre su boca, robándole ese beso con el que soñaba desde que se habían reencontrado.

Jaime, lejos de distanciarse de ella, dejó que sus manos se entrelazaran con rapidez entre los mechones rubios y un rugido de satisfacción nació de su interior. Sus labios acariciaron con ferviente pasión los femeninos y su lengua, impaciente, buscó su gemela, que la recibió con la

misma urgencia.

Fue un beso... Un único beso...

Pero qué beso...

La piel de la pareja se erizó, el latido de sus corazones enloqueció y sus cuerpos clamaron por un mayor contacto que no llegó.

Los dos se separaron con las respiraciones aceleradas, como si el oxígeno no lograra saciar la necesidad de sus pulmones.

Sus ojos fijos en el otro, sin perder ningún detalle de lo que inundaba los iris verdes; pendiente de los sentimientos que cruzaban por los marrones.

—Me tengo que ir... —anunció ella sin apenas voz.

Jaime asintió.

—Sí, tus padres esperan.

Danielle movió levemente la cabeza de manera afirmativa.

—Sí, y Bruno.

—Claro, Bruno... —repitió él como si fuera un autómatas al que le faltara reiniciarse para funcionar a la perfección.

Pero ninguno se movió. Ni un solo gesto hizo prever que fueran a seguir lo que sus palabras habían anunciado.

Seguían sentados en el sofá, mirándose a los ojos, como si esperaran que alguno dijera algo sobre lo que había sucedido, pero sin que ninguno se atreviera a hablar por si el otro acababa huyendo.

—¡Ei! Aquí estáis —la voz de Buffy los interrumpió una vez más—. ¿Qué hacéis?

Danielle tensó la mandíbula al escucharla, se apartó el cabello de la cara, y se levantó agarrando la bolsa que había dejado en el suelo.

—Nada especial —remarcó la última palabra con diferente tono de voz—. Yo ya me iba... —indicó y salió de la casa sin mirar atrás.

La americana observó la puerta por donde había desaparecido Danielle y miró a su amigo extrañada.

—¿Qué ha pasado?

Jaime se tumbó en el sofá y posó su brazo sobre los ojos cerrados, suspirando al mismo tiempo.

—Que nos hemos besado.

—¿Qué?! —gritó acercándose hasta él—. ¿Y yo?

El joven movió el brazo lo suficiente para permitirle verla.

—¿Tú qué?

—¿Qué hago? ¿Me indigno? ¿Me enfado? ¿Salgo corriendo tras ella y le tiro de los pelos? —preguntó gesticulando de manera exagerada.

Jaime se incorporó levemente y sonrió.

—No hagas nada.

Buffy se dejó caer en el sillón a su lado y suspiró con fuerza.

—Menos mal, porque hacer el papel de novia celosa no se me da muy bien.

Le revolvió el pelo y se rio.

—Mejor el de amiga, confidente...

—Amiga especial —le recordó traviesa—. ¿Viste como le cambió la cara cuando hice hincapié en lo de «especial» cuando nos presentaste?

Jaime se tumbó de nuevo de lado en el sofá.

—¿Quién? ¿Danielle?

—¿Quién si no, tonto? Ese fue el momento en el que nuestro plan comenzó a funcionar...

—Tu plan —la corrigió mirando el techo.

—Tuyo, mío... Esos son pequeños detalles sin importancia —exclamó—. Si no hubiera aparecido en ese instante, todo se habría ido a la *shit*.

Jaime le golpeó la pierna.

—No digas palabrotas.

—Pero ha sido en inglés —se excusó alejándose de él con rapidez.

El chico la miró con un ojo abierto y el otro no.

—Una señorita con tus orígenes debe hablar bien. —Le sacó la lengua—. O, por lo menos, eso es lo que me dijiste, ¿no?

Buffy torció el morro, se cruzó de brazos y se dejó caer en el suelo con cara de pocos amigos.

—La próxima vez que se me ocurra pedirte que me impidas decir «palabrotas» —dijo moviendo los dedos simulando unas comillas—, recuérdame que no lo haga.

Él le guiñó un ojo y devolvió su atención al techo.

—De acuerdo. La próxima vez...

La americana asintió y esperó a que su amigo siguiera hablando, pero pasado un tiempo se dio cuenta de que no iba a decir nada más. Estaba demasiado inmerso en sus pensamientos.

—¿Y entonces?

Jaime la miró de lado.

—¿Entonces qué?

—Nuestro plan... ¿Ha funcionado?

Él la señaló con el dedo índice.

—Tu plan —la corrigió una vez más.

Ella bufó con fuerza y se dejó caer hacia atrás en el suelo.

—Vale, tú ganas —dijo rendida—. Es mi plan, pero creo que ha ido bien, ¿no?

Jaime se sentó en el sillón, apoyó los brazos en las piernas y la miró de frente.

—¿Poner celosa a Danielle? —La chica movió la cabeza de manera afirmativa con demasiada efusividad—. ¿Que crea que tengo novia para que le atraiga? —Volvió a mover la cabeza—. ¿Que cada vez que aparezcas interrumpas un momento «especial»... —movió los dedos imitándola al usar el mismo término que ella— en el que podríamos haber hablado de lo que había entre nosotros? —Buffy asintió, pero esta vez con más lentitud—. ¿Un plan que ha provocado que se haya ido enfadada de aquí, tras un beso con el que llevaba soñando desde hacía un año, y que ahora, como piensa que eres mi novia —dijo señalándola con la mano con desgana—, no sé si repetiré? —La miró a la cara—. Sí, creo que ha funcionado.

Buffy torció la boca, se rascó la cabeza y suspiró con fuerza.

—La he cagado —reconoció.

Jaime sonrió con pesar; a sabiendas de que ya la había avisado de lo que podría suceder si proseguía con su idea loca, pero, como siempre que le ocurría desde que la conocía, desde que eran amigos, había terminado dejándose llevar, porque Buffy siempre se salía con la suya.

Aunque sus planes fueran ideas rocambolescas que tenían visos desde el primer momento de que podían salir mal.

—Un poco —le indicó sin querer ahondar en la herida. Sabía que su amiga ya se sentía mal con el

simple hecho de reconocer su error.

—Tengo una idea. —Se levantó con rapidez del suelo y lo miró con ese brillo tan especial que aparecía en sus ojos azules cada vez que decía eso.

—No, no quiero más ideas locas de las tuyas.

Buffy se arrodilló delante de él y le tomó las manos.

—Hablaré con ella. Le explicaré que todo ha salido de esta cabeza. —Se golpeó con la mano en ella—. Y que tú solo te has dejado llevar..., como siempre —dijo eso último con una tímida sonrisa.

Jaime le acarició la cara y le dio un beso en la punta de la nariz.

—No, es mejor que no hagas nada.

Ella se dejó caer, apoyando su trasero en el suelo.

—Es que me siento muy mal —reconoció—. Yo solo quería que os reconciliarais. Ya sabes lo que me gusta un buen romance, tipo *Lo que el viento se llevó*, pero...

—Con final feliz —la cortó él. No sabía la de veces que su amiga le decía al cabo del día que era una enamorada de esa historia y de cualquier libro o película que tuviera una buena dosis de romanticismo.

Ella se rio.

—Con final feliz —repitió con ojos soñadores—. ¿No crees que Scarlett O'Hara se merecía un final perfecto?

Jaime no pudo evitar sonreír.

—Yo con lo que aún alucino es como una chica tan joven como tú puede ser tan fan de esa película...

Ella levantó su dedo índice y puntualizó:

—El libro siempre es mejor que la película.

Jaime se carcajeó. Era la misma discusión que mantenían desde que se conocían.

—Está bien, está bien... —cedió levantando sus manos en son de paz.

Buffy sonrió victoriosa.

—Y ahora, al tema —reanudó la conversación anterior—. Voy, hablo con ella y asunto zanjado.

Jaime se levantó del sillón y le revolvió el cabello cuando pasó por su lado.

—Tú mejor no hagas nada.

Ella se incorporó con rapidez y se puso a su altura.

—Pero, Jaime..., no puedes no hacer nada otra vez.

Él detuvo sus pasos y miró a su amiga. Le pasó la mano por su mejilla y se la pellizó en un gesto cariñoso.

—No, no voy a hacer nada otra vez. —Le guiñó un ojo y salió al jardín, donde se encontraban el resto de sus amigos.



Capítulo 7

El timbre de la entrada resonó en el pequeño estudio de Danielle en mitad de la noche. La joven, que estaba tumbada en su cama todavía despierta, miró el móvil para comprobar la hora. Le extrañaba mucho que alguien llamara a esas horas, cuando pasaba de la medianoche.

Era demasiado tarde.

Esperó quieta a que volvieran a llamar, por si el primer toque se hubiera tratado de una equivocación, pero no tardó en repetirse pasados unos minutos.

Se levantó con sigilo para acercarse a la puerta y, al mirar a través de la mirilla, se sorprendió por quien estaba al otro lado.

—Jaime..., ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Ábreme la puerta, por favor.

—Pero es muy tarde...

—Tenemos que hablar —le indicó con firmeza, acabando con todas las dudas o reticencias que pudiera tener Danielle.

—Espera —le pidió y corrió para coger la camiseta de tirantes que se ponía cada noche para dormir, pero que ese día ni siquiera había tratado de ponerse a causa del calor que hacía, optando por acostarse solo en bragas.

Se miró en el espejo del armario y pasó los dedos por el cabello, intentando adecentarlo.

Suspiró con resignación al ver su imagen y pensó que a esas horas tampoco podía hacer muchos milagros.

—Ya me dirás qué es tan importante que no pueda esperar a mañana —le comentó en cuanto abrió la puerta, percatándose de que el tono usado era demasiado brusco, pero entre los nervios y el cansancio, no pudo evitarlo.

Jaime fue a entrar, pero la visión de la francesa con una camiseta con dibujos de cerezas que se le ajustaba al pecho lo suficiente para corroborar que no llevaba sujetador, y unas bragas negras, dejando visibles sus torneadas piernas, le secó la garganta.

—¿Entras o no? —lo apremió—. Mis vecinos deben de estar disfrutando del espectáculo, pero yo prefiero hablar en la intimidad de mi casa.

—Sí, perdona. —Atravesó el umbral y se pasó la mano por el cabello, dejando escapar el aire que retenía sin saberlo.

En cuanto estuvo dentro, Danielle cerró la puerta. Se apoyó en la lisa madera y se cruzó de brazos a la espera de que hablara, pero el silencio se asentó en el apartamento.

Ninguno de los dos se aventuró a hablar...

Jaime en el centro del apartamento, inmerso en sus pensamientos, dándole la espalda, y ella... confusa y curiosa al mismo tiempo.

«¿Qué hacía su amigo allí en mitad de la noche?», se preguntó mientras aprovechaba para comprobar lo mucho que había cambiado en ese último año. Estuvo a punto de encender la luz de todo el estudio, para examinarlo con mayor detenimiento, pero tuvo que conformarse con la poca claridad que le ofrecía la lamparita que tenía encendida cerca de la cama.

Como ya se había percatado esa mañana, tenía el cabello mucho más largo que la última vez que estuvieron juntos. Los mechones castaños formaban pequeños caracolillos en el cuello que le suponían una tentación. Quería sentir su suavidad entre los dedos, acariciarlo mientras sus ojos la miraban o se besaban...

Se mordió el labio y apretó los dedos con fuerza sobre sus brazos, hasta que sintió como las uñas se le clavaban en la piel, para evitar acercarse a su invitado. Cerró los ojos y contó hasta tres. Necesitaba calmarse.

«Danielle, necesitas controlarte», se repitió mentalmente más de una vez hasta que sintió que lo lograba, pero... en cuanto volvió a posar su vista sobre Jaime, sus propósitos se derrumbaron.

Comprobó que no llevaba la misma ropa que esa mañana y que se había puesto una camiseta sin mangas gris dejando visibles sus brazos, esos en los que destacaban unos músculos que hacía un año no estaban ahí. Caían a lo largo de su cuerpo, con las manos extendidas..., grandes y fuertes, seguras...

La de veces que la habían tocado sin ningún motivo y ella..., en cuanto desapareció de su vida, fue consciente de lo que había echado en falta sus caricias, sus atenciones..., sentirlo...

Descendió su atención por su cuerpo y se detuvo más tiempo del conveniente en su trasero, el cual destacaba bajo un vaquero azul cortado a la altura de las rodillas, y que gracias a una raja en la mitad del musmo permitía vislumbrar algo de piel.

Cerró los ojos en un acto involuntario y suspiró con fuerza cuando su temperatura comenzó a ascender. Entre el calor de la noche y lo que le provocaba la visión que tenía delante, casi podía jurar que podría explotar por combustión espontánea. Atrapó su cabello e intentó hacerse un moño alto con una goma que llevaba en la muñeca, y se abanicó con la mano la nuca que tenía expuesta en ese momento, pero fue un caso imposible.

Hacía demasiado calor.

Gruñó con fuerza atrayendo la atención de Jaime, que la miró algo confuso, y se acercó al frigorífico.

—¿Quieres algo? ¿Agua? —le preguntó en cuanto abrió la puerta de la nevera y tomó uno de los recipientes de cristal, del que bebió. Ni se molestó en cerrarla, intentando que el frío del mueble rebajara su propia temperatura.

Jaime fue a aceptar el ofrecimiento, pero una gota despistada que se deslizaba desde la boca femenina hasta perderse por sus senos lo enmudeció.

Danielle lo miró en cuanto acabó de beber y movió la botella en el aire hacia él, insistiendo en su invitación.

—No nos quitará el calor, pero por lo menos sí la sed...

El chico sonrió y asintió con la cabeza. Agarró la botella, rozando adrede la mano de ella, y bebió sin apartar la mirada de su cara.

La francesa observó su cuello y se quedó hipnotizada con el movimiento de su nuez, que subía y bajaba mientras su dueño bebía.

—No estoy de acuerdo —le indicó en cuanto terminó, devolviéndola al presente.

Ella pestañeó varias veces intentando comprender de qué estaban hablando antes de su trance.

—¿En qué?

Jaime dejó la botella en la encimera, avanzó un par de pasos hacia ella, obligándola a retroceder hasta que su espalda chocó con los cajones del frigorífico.

—Sigo con sed —le anunció con voz ronca.

Danielle, que tenía la mirada anclada en los ojos verdes, observó cómo estos se oscurecían.

—Pues no podemos hacer nada...

Él chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo.

Ella arrugó el ceño.

—Jaime, yo...

El joven siseó acallándola de nuevo y dejó que uno de sus dedos le acariciara la zona en la que acababan de aparecer las arrugas. En cuanto estas desaparecieron, lo deslizó por sus cejas doradas, dibujando con lentitud el arco de estas, y lo pasó con suavidad por su nariz, hasta que delineó sus labios mientras sus ojos seguían encadenados y su dueña comenzaba a notar que le faltaba el aire.

Danielle cerró los ojos e intentó tragar la poca saliva que le quedaba en la garganta, sintiendo como ese roce conseguía que su piel se erizara y la sangre bombeara a mayor velocidad por sus venas.

Soltó el aire de su interior y tomó una decisión que sabía iba a ser como un jarro de agua fría entre los dos.

—¿Y Buffy? —lo interrogó de golpe, abriendo los ojos al mismo tiempo—. ¿Dónde está tu «amiga especial»?

La mano de Jaime cayó de golpe y su dueño se apartó de ella.

—Creo que tenemos que hablar —comentó con resignación.

—A eso has venido, ¿no? —le indicó cerrando la puerta del frigorífico y alejándose de él como si se distanciara de lo que acababan de compartir.

Él asintió y se quitó las gafas, que dejó sobre la encimera. Se sentó en el pequeño sofá y apoyó la espalda en su respaldo.

—Sé que hoy has tenido muchas emociones...

Danielle movió la cabeza de manera afirmativa desde la puerta de la entrada. Seguía de pie.

No había querido sentarse, como si temiera que en algún momento tuviera que salir huyendo de su propio apartamento.

—Te vuelvo a dar las gracias por lo que has hecho... —Acompañó sus palabras con una sonrisa

—. Sin ti, creo que todavía habría tardado más en llamar a mis padres.

Él se apartó el cabello de la cara y la miró.

—Aunque temí por tu reacción —dijo sonriéndole con timidez—, pensé que debía arriesgarme por Bruno y por ti. —Miró hacia la cama donde solía dormir el pequeño con su madre y se la encontró vacía.

Danielle, que observó sus movimientos, le explicó:

—Está con los abuelos. —Jaime la miró—. Pensaron que debían comenzar a ejercer desde ya como tales, y se lo llevaron al hotel. —Se rascó la cabeza y comentó divertida—: También es verdad que Bruno no quería separarse del cuello de mi padre, por lo que solo teníamos dos opciones...

—Que llorara y no te dejara dormir o que se quedara con los abuelos —terminó él por ella, a sabiendas de lo que había sucedido—. Tu madre me lo contó.

Ella achicó los ojos.

—¿Has hablado con mi madre?

Jaime asintió.

—Los llamé para saber cómo estaban en el hotel, por si preferían alojarse en mi casa... —La miró divertido—. En cuanto mis padres supieron que estaban aquí, insistieron para que los invitara.

—Son adorables...

La sonrisa de Jaime se amplió y asintió.

—O muy pesados, según se mire.

Danielle se rio.

—¿Y qué te dijeron?

—Que no querían ser una molestia... Cosa que les dije que no era así, y al final, tras pasarle el teléfono a mi madre —explicó elevando la ceja como diciendo que no podía ser de otra manera —, logramos que mañana cambien de alojamiento.

La francesa no pudo evitar reírse de nuevo.

—Recuérdame que les compre un detalle a tus padres...

—Ellos serían felices si te pasaras por casa y les llevaras a Bruno más a menudo. Os echan de menos...

Danielle suspiró y se sentó en el sofá, a su lado.

—Desde que te fuiste... —dudó durante unos segundos qué debía decirle. Agarró sus manos, se las pasó por el pelo, y las volvió a poner encima de sus piernas desnudas hasta que Jaime las apretó dándole fuerza para seguir—, visitarlos era más duro —confesó suspirando al mismo tiempo—. Todo me recordaba a ti.

Él apretó sus manos.

—Pero tú fuiste la que me echaste de tu lado.

Danielle rompió su contacto y se levantó del sofá indignada.

—¿Y qué querías que hiciera? —Elevó las manos al techo y las dejó caer a continuación—. Era una gran oportunidad para ti.

Jaime la siguió y le agarró las manos.

—Tú también eras una gran oportunidad.

Danielle fijó sus ojos en los verdes, en los que creyó ver algo de reproche. Negó con la cabeza y se separó de él de nuevo. Jaime tensó la mandíbula ante ese nuevo alejamiento y apretó con fuerza los puños.

—Era lo correcto... —señaló pasado un tiempo.

—¿Lo correcto? ¿Para quién? ¿Para ti? —le preguntó con cierta brusquedad que provocó que ella temblara—. Perdona, perdona... —se disculpó con rapidez y la obligó a ocupar en el sofá los mismos huecos—. No quise...

La joven siseó acallándolo y posó su mano en la mejilla masculina, buscando su mirada.

—No pasa nada. —Le apartó con delicadeza los mechones que caían sobre su frente—. Era Nueva York... Es el sueño de cualquiera...

Jaime negó con la cabeza y atrapó su cara, enfrentando su mirada.

—El mío, no. —Le acarició las mejillas con reverencia.

—Pero el trabajo que te ofrecían... —insistió a media voz—. Siempre has querido trabajar en algo parecido. Reparar, reformar objetos antiguos...

—Era una afición —le especificó—. No te voy a negar que el hecho de que te paguen por hacer algo que te gusta no está mal, pero...

—¿Pero? —saltó con rapidez.

Él la miró con fascinación.

—Que esa afición te aleje de lo que más quieres... —cerró los ojos por un segundo— puede convertirse en algo que termines aborreciendo.

—Aaah... —fue lo único que pudo decir Danielle. La primera parte de su explicación la había dejado sin palabras. Alejarlo de lo que más quiere..., ¿podía ser ella?

Jaime sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Solo vas a decir eso?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa para negar con rapidez a continuación. Se levantó del sofá, al mismo tiempo que él gruñía de impotencia al verla alejarse de nuevo de su lado, y se acercó al frigorífico para coger una nueva botella de agua. Necesitaba pensar y el calor..., no, estar tan cerca de Jaime, le nublaba la mente.

Jaime la observó desde la distancia sin saber qué esperar.

—Quizás ya es tarde...

—¿El qué? —se interesó.

Danielle abrió el grifo del agua y se mojó la nuca dándole la espalda.

—Ya tienes una vida allí, en Nueva York —musitó sin la esperanza de que él la escuchara, pero lo hizo. Escuchó como sonaban los muelles del sofá al levantarse el joven y sus pisadas según se acercaba a ella.

Jaime la abrazó por la espalda y le dio un beso en el cuello.

—Una vida hueca en la que me faltan las risas para llenarla. La risa infantil de un niño, pero sobre todo la de su madre, princesa —le susurró al oído provocando que su piel se erizara—.

Leíste mis postales, esas que mandaba a Bruno para que no me olvidara..., para que tú no me olvidaras —rectificó—. No podía recorrer ningún rincón de esa ciudad sin acordarme de vosotros, de lo que podrías haber comentado ante la Estatua de la Libertad o Times Square. De lo que habríamos disfrutado visitando el Museo de Historia Natural de la mano los tres o yendo a Central Park... En cada esquina pensaba en vosotros, en tus ojos almendrados, tus tirabuzones dorados, tu risa... —Olió su aroma—. Jamás pensé que tendría tanta *necesidad* de ella —señaló utilizando la misma descripción que aparecía en su última postal y que ella había usado para romper la relación que los unía tiempo atrás, y que le llevó lejos de allí, de ella.

Ella apoyó la frente en la puerta de uno de los armarios de la cocina y suspiró.

—Pero ya es tarde...

Jaime la hizo girar sobre sus pies para poder mirarla a los ojos. Colocó uno de los mechones que se le habían escapado del improvisado recogido detrás de su oreja y posó la mano en su mejilla.

—¿Por qué es tarde? —la interrogó confuso.

Danielle observó esa verde mirada que tanto había extrañado y se alejó de él una vez más, en cuanto mencionó el nombre que no paraba de martillearle en la cabeza:

—Buffy.



Capítulo 8

—¿Buffy? —le preguntó siguiendo todos sus movimientos desde la cocina, sabiendo que el plan de su amiga le podía estallar en la cara—. ¿Qué pasa con ella?

Danielle se sentó en la cama con gesto vencido.

—Es tu amiga «especial». —Movi6 los dedos simulando unas comillas—. Aunque no sepa muy bien lo que eso significa...

—Nada —la cortó con rapidez—. No significa nada.

Ella lo miró con el ceño arrugado.

—¿Nada? —Jaime negó con la cabeza—. Pero... Pensaba que...

Se sentó a su lado, con una pierna doblada sobre el colch6n, y le puso un dedo en los labios acallándola.

—Conocí a Buffy cuando caminaba por las calles de Nueva York sin rumbo fijo. Pensando en ti, en nosotros... —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Y, al igual que yo, estaba perdida...

Éramos dos almas gemelas sin brújula que nos agarramos para poder sobrevivir en la gran ciudad. Ella me contó sus preocupaciones. Yo le narré las mías... —Sonrió al recordar esos momentos—. Ella es más lanzada que yo y me obligó a...

Jaime se calló de pronto atrayendo su atención.

—¿A qué?

Suspiró rendido.

—Ideó un plan... —explicó—. Algo muy loco, como siempre en ella, con el que... —Se rascó la cabeza y sonrió con timidez—. Con el que no estaba muy conforme, pero al final me convenció con la idea de que así sería más fácil...

—¿Más fácil? —Jaime asintió, pero no dijo nada—. ¿El qué sería más fácil?

Enfrentó su mirada.

—Que te enamoraras de mí.

Danielle se mordió el interior de la mejilla. Le daba miedo preguntar, pero su curiosidad pudo más que ella.

—¿Cómo?

Jaime se tumbó boca arriba en la cama al tiempo que suspiraba.

—Quería hacerse pasar por mi novia, pero se lo impedí.

—¿Entonces?

Se incorporó para mirarla cara a cara y se encogió de hombros.

—Se inventó lo de «amiga especial» sin contar conmigo...

—Me lo soltó cuando nos presentamos.

Movió la cabeza de manera afirmativa.

—Estuve a punto de estrangularla allí mismo, pero no podía cometer un asesinato ahora que estaba otra vez a tu lado —comentó con pesar, aunque no pudo añadir un toque de diversión al tono de voz.

Danielle se levantó de la cama y se acercó hasta la cocina para regresar a su lado a continuación. Lo miró desde su altura con los brazos en jarras y le soltó:

—¿Querías ponerme celosa?

—Bueno... —Movió la mano de lado a lado—. Técnicamente yo no, sino Buffy.

—Es un plan con tintes muy de novela romántica —señaló con seriedad, aunque, para esconder la sonrisa que intentaba asomar en sus labios, tuvo que mordérselos.

Jaime soltó el aire de su interior y comentó:

—A mi «amiga especial» —dijo moviendo de nuevo los dedos como unas comillas— le gustan mucho ese tipo de historias.

La francesa se cruzó de brazos.

—¿Y piensa que podría haber salido bien? —Asintió—. Pues es de manual saber que siempre surge un problema que ocasiona que la pareja acabe enfadándose...

Jaime se encogió de hombros y se restregó la cara al mismo tiempo que bufaba.

—Lo sé y, por eso, será mejor que me marche antes de que nos volvamos a decir cosas que no pensamos. —Se incorporó quedando de pie enfrente de ella, pero no pudo avanzar ni un paso, ya que con rapidez lo empujó para que se sentara de nuevo.

—De eso nada. Tú no te mueves de aquí...

—Pero, Danielle, no quiero que suceda lo mismo que hace un año. No quiero discutir contigo —

confesó agotado.

La joven sonrió confundiéndolo.

—¿Y quién ha dicho que vayamos a pelearnos? —Lo empujó hacia atrás, obligándolo a que apoyara la espalda contra la pared—. Saber que todo lo que hemos pasado este año... —se sentó encima de él a horcajadas, sorprendiéndolo— se podría haber solucionado si hubiéramos conversado antes... —lo miró a los ojos— impide que pueda enfadarme contigo por un intento de buena acción de tu «amiga especial»...

Jaime no pudo evitar reírse al ver como exageraba las comillas con los dedos.

—Entonces, ¿qué? ¿Hablamos?

Danielle se quitó la camiseta de tirantes, dejando sus pechos al descubierto, y le sonrió de forma tentadora.

—Quizás después...

El chico gruñó a modo de respuesta y, sin dilación, atrapó la boca femenina con ardiente pasión para darle el beso que ansiaba robarle desde que había entrado en su casa.

Ella enredó los dedos entre los mechones castaños, esos que le habían atraído como un imán cuando lo observaba, mientras disfrutaba del roce de su lengua, de las sensaciones que ambos se prodigaban...

Sus cuerpos ardían.

Jaime se incorporó levemente y la tumbó sobre la cama, arrancándole un sutil quejido que se vio mitigado cuando la besó de nuevo. Atrapó su labio inferior para pasar al superior de inmediato, dejando que su lengua acariciara con desgarradora lentitud su boca. La miró a los ojos, los mismos que lo habían torturado en sus pensamientos, y, sin dudarle un segundo más, se quitó la camiseta, se deshizo de las braguitas que ella llevaba, dejándola expuesta ante él, y, tras cruzar sus miradas, se colocó entre sus piernas arrancándole un gutural gemido.

La boca masculina se cernió sobre su pubis, ofreciéndole un beso húmedo que la enloqueció.

La temperatura del cuerpo femenino aumentó.

La respiración se le aceleraba mientras la lengua de Jaime provocaba que se retorciera de placer, de un dulce placer con el que llevaba soñando desde la última vez que estuvieron juntos.

Lamió sus pliegues húmedos, besó con fruición el punto rosado y dejó que su lengua la acariciara de nuevo con deleite mientras su sabor le nublaba los sentidos.

La había echado tanto de menos...

Las caderas de Danielle se arquearon con urgencia y su mano, de manera involuntaria, se posó sobre la cabeza castaña. Al principio con intención de exigirle que aumentara el ritmo de la

caricia... Necesitaba llegar al final, saciar esa necesidad que tenía y que no lograba alcanzar, pero su cuerpo, más sabio que ella en ese momento, reaccionó a tiempo y, tras obligarlo a que la mirara, le rogó con sus ojos almendrados lo que en realidad demandaba.

—Jaime... —le imploró en apenas un susurro que le llegó con nitidez.

Se quitó los pantalones junto al slip y se tumbó sobre ella, con cuidado de no aplastarla con su peso.

—Si entro dentro de ti ahora... —le dijo, callando para recuperar el aire que le faltaba, pero su boca era demasiado tentadora y atrapó su labio inferior con los dientes sin poder evitarlo. Ella gimió ante el contacto y encorvó la espalda, implorando que hiciera lo que decía—. Princesa...

—la llamó, buscando su mirada—, no sé lo que podré aguantar —reconoció, pero a ella le daba igual.

Lo necesitaba dentro. Sentirlo en su cuerpo, como si fueran uno solo. Amándose...

Ella le apartó el cabello de la cara y observó esos ojos verdes que la habían acompañado desde hacía un año en sueños.

—Siempre podremos repetir...

Jaime la besó.

—Me da miedo —confesó.

—¿El qué?

—Que, cuando acabe, se vuelva a repetir... —Hizo mención a la discusión que habían tenido tras su primera vez.

Danielle llevó las manos hasta su espalda, memorizando con sus caricias cada recodo de su piel, y descendió hasta tocarle el trasero. Abrió las piernas, para permitirle un mayor acceso, y elevó las caderas tentando con su ardiente humedad su miembro.

—No lo permitiré —le prometió atrapando su boca.

Él la miró divertido y acercó su erecto pene hasta ella, dejándolo a escasos centímetros de su cuerpo.

La joven se mordió el labio inferior y arqueó de nuevo sus caderas, buscando lo que su cuerpo necesitaba y él le negaba.

—¿Y cómo estás tan segura de que podrás impedirlo?

Danielle le mordió la barbilla y elevó una de sus cejas de manera bravucona.

—Porque ya hemos hablado...

Jaime se carcajeó.

—Pero todavía queda mucho por decirnos.

Ella asintió, al mismo tiempo que apretaba las manos contra su trasero, apremiándole a que se adentrara en su cuerpo, pero fue imposible. Se dejó caer en la cama rendida y lo miró.

—Y si te digo que me he dado cuenta de que estoy tan enamorada de ti que no pienso dejar que te vayas a ningún sitio sin mí, ¿valdría?

Jaime la miró sorprendido ante su declaración.

—¿Me quieres? —Ella asintió, recibiendo un voraz beso que la dejó descolocada—. Yo también te quiero, princesa.

Danielle sonrió con seguridad y elevó sus caderas una vez más, buscando lo que su cuerpo le solicitaba.

—Entonces...

—No, no... —canturreó al mismo tiempo que le apartaba el cabello de la cara—. Tienes que ser más paciente, princesa. —La besó de nuevo—. Ha sido un año muy largo y tenemos que disfrutar la recompensa de este suplicio.

Se dejó caer con resignación, al mismo tiempo que suspiraba de forma exagerada.

—Eres un demonio...

Él mordió su barbilla y dejó un reguero de besos por su níveo cuello hasta llegar a su pecho.

Atrapó uno de los pezones con hambre voraz y succionó con fuerza, arrancándole un grito leve.

Dejó que su lengua acariciara la zona dolorida y miró a su dueña, que lo observaba con aire retador.

Atrapó de nuevo la punta rosada, sin apartar sus ojos de los almendrados, y permitió que su lengua lo acariciara con pasmosa lentitud, al mismo tiempo que una de sus manos pellizcaba el otro pezón.

El cuerpo de Danielle se retorció de placer. La necesidad de sentirlo dentro de ella iba en aumento y, sin poder esperar un segundo más, atrapó el pene erecto y elevó sus caderas, conduciéndolo hasta su interior.

Un grito de placer se escuchó por toda la casa.

—No eres muy paciente... —la regañó, pero el brillo de sus verdes ojos alejaba la seriedad de sus palabras.

Buscó su mirada y, tras robarle un beso abrasador que les quitó la respiración a ambos, comenzó a moverse a la par que él la imitaba.

—Un año... Ha sido un año —repitió arqueándose, animándolo a que aumentara la velocidad.

La risa masculina los envolvió, pero a ella le dio igual. Necesitaba sentirlo, necesitaba averiguar que no era un sueño lo que estaban compartiendo y que, cuando llegara al final, todo desaparecería.

—Jaime... —le suplicó.

Él la besó acallando su ruego y, sin demora, dejó que su mano se perdiera entre la unión de sus cuerpos, hasta encontrar el botón inflado.

Danielle gimió en cuanto las caricias comenzaron.

Su cuerpo se debilitaba, pero al mismo tiempo sentía que, con la energía que los dos compartían, nada sería imposible.

Buscó su mirada, esa en la que siempre había estado reflejado su amor, el que ambos sentían por el otro sin saberlo, y alcanzaron el éxtasis de los dioses que sellaron con un dulce beso.

Jaime cayó sobre ella, pero se apartó a un lado con rapidez para evitar aplastarla.

Danielle se quedó mirando con fijeza el techo blanco.

El único sonido que se escuchaba por la casa eran las respiraciones aceleradas que los enlazaban como un único cuerpo, una única alma...

Ninguno hablaba... Ninguno se atrevía a romper lo que habían compartido y que ambos sabían desde que se conocían. Sumidos en su mundo, ese en el que habían estado siempre juntos, aunque, por sus inseguridades y sus miedos, nunca se habían dado cuenta hasta ahora.

Se querían, se amaban...

—Te dije que, si me apremiabas, iba a durar más bien poco —comentó él, escondiendo los ojos bajo el brazo.

La francesa se giró levemente y, tras obligarlo a que la mirara, le pasó su dedo índice por la cara. Descendió por su tórax y por el liso estómago, hasta alcanzar su pene.

Jaime dio un pequeño salto al notar la uña femenina recorrer su miembro con lentitud.

—Y yo que había sido un año muy largo...

Él le apartó los tirabuzones de la cara y delineó sus labios, ofreciéndole una sonrisa comprensiva.

—En lo del año estamos los dos de acuerdo.

Danielle le mordió el dedo con el que la acariciaba y se sentó encima de él a horcajadas, sin darle tiempo a reaccionar.

—Princesa, no creo que pueda estar operativo hasta pasado bastante tiempo...

Ella se rio, sobre todo al sentir como su pene comenzaba a cobrar vida propia, llevando la contraria a su dueño. Se tumbó encima de él y lo besó al mismo tiempo que movía su trasero.

—Siempre podremos hacer otras cosas...

—¿Como qué? —preguntó entre divertido y curioso.

Ella elevó una de sus cejas doradas y fue moviéndose hacia abajo sin apartar la mirada de los ojos verdes.

—Hablar...

Jaime sonrió.

—¿Hablar?

Danielle asintió, le besó el ombligo y descendió un poco más, justo hasta donde se encontraba el miembro masculino casi ya recuperado. Lo atrapó con su mano y lo observó de manera traviesa. Encogió uno de sus hombros y acarició el glande con la lengua, provocando que el cuerpo de Jaime se tensara.

—O cantar —dijo de manera juguetona.

Él arrugó el ceño sin comprender.

—¿Cantar?

Danielle asintió y volvió a lamer su pene.

—Alguien me ha contado que, gracias a una botella de vodka, acabaste cantando... —Se acercó al pene y lo besó—. No tengo alcohol, pero...

Jaime gruñó, se levantó con rapidez y volvió a tumbarla sobre la cama.

—Raquel... —mencionó a la única persona que podría haberle contado esa vieja historia.

Ella asintió entre risas.

—¿No decías que no tenías fuerzas para más?

Jaime sonrió al darse cuenta de lo que pretendía y, sin dilación, volvió a hundirse dentro de ella, arrancándole un grito de sorpresa del que bebió como si fuera un explorador perdido en el desierto.

—Has hecho trampas —la acusó en cuanto terminó el beso y movió sus caderas al mismo tiempo.

Ella se agarró a sus hombros y elevó su cuerpo para ayudarlo a que profundizara todavía más su invasión.

—No sé de qué me hablas... —señaló riéndose al mismo tiempo.

El joven le regaló una sonrisa prepotente y volvió a adentrarse en su interior.

—He echado de menos tu risa...

Danielle lo miró con intensidad y, tras apartarle el flequillo de la cara, le confesó:

—Yo te he extrañado a ti.



Capítulo 9

—¿Y qué va a suceder ahora? —le preguntó Mónica sentada en un sillón Chesterfield de telas multicolores con Bruno encima de ella.

Estaban en la tienda de antigüedades de Anastasia, la jefa de Elsa, mientras esperaban a que cerraran el local para ir al bar de Ceci, donde las esperaba el resto de la pandilla.

Danielle, que tenía la vista fija en una estrella de cristal que colgaba del techo y que, gracias a la luz artificial, brillaba ofreciendo multitud de colores, se encogió de hombros.

—No tengo ni idea...

La prima de Raquel gruñó al escucharla y Lucía, que acababa de aparecer por las escaleras que conducían al apartamento que compartía con su hermana, se rio.

—Venga, Danielle, no seas mala con la pobre Mónica.

La mencionada miró a la novia de su hermano Israel y luego posó toda su atención en la francesa.

—¿Me estás tomando el pelo?

La joven de tirabuzones dorados le guiñó un ojo y le sacó la lengua.

—Puede ser... —señaló y se carcajeó.

Mónica puso los ojos en blanco.

—Eres mala, francesita. Muy mala...

Elsa apareció por la puerta que conducía a la trastienda y preguntó:

—¿Quién es mala?

Mónica señaló a la madre de Bruno.

—No quiere contarme qué va a suceder a partir de ahora entre Jaime y ella.

La novia de Martín miró a Danielle, que tenía en su rostro una gran sonrisa.

—Y parece que se lo está pasando muy bien...

—Muy bien —corroboró carcajeándose la francesa.

Mónica se enfurruñó.

—Vale, pues si no quieres decirme nada...

Danielle se acercó a ella y le quitó a su hijo, no sin antes darle un beso en la mejilla.

—No te enfades —le indicó—. Era solo una broma.

La prima de Raquel apoyó su espalda en el sillón y la miró.

—No me enfado si me lo cuentas.

Las chicas estallaron en carcajadas al escucharla.

—Danielle, no la hagas sufrir más —le señaló Lucía, sentándose encima del mostrador.

Elsa revolvió el negro cabello de su hermana y le guiñó un ojo.

—Son cosas que solo les conciernen a Danielle y a Jaime, y si no quiere contarlas...

—Tienes razón, Elsa. —Mónica estuvo de acuerdo con rapidez. Se levantó del sillón que ocupaba y se acercó a la francesa—. Perdona por ser tan pesada...

—Más bien cotilla —la corrigió Lucía.

Mónica la miró con cara de pocos amigos y continuó con lo que decía:

—Si no quieres hablar, no pasa nada. Es vuestra intimidad...

Danielle le dio un beso en la mejilla y dejó en el suelo a Bruno, muy entretenido con un viejo muñeco con forma de mono que le había regalado Anastasia, la dueña de la tienda en la que estaban.

—Pero vosotras sois mis amigas..., mi familia —corrigió con rapidez—, y quiero compartir con vosotras mi felicidad.

Mónica observó a Elsa y a Lucía, que, aunque no había insistido tanto como ella en querer saber lo ocurrido entre la pareja, esperaban impacientes que hablara.

—¿Y? —insistió con una sonrisa enorme en su cara.

Danielle miró a sus amigas y soltó:

—Hemos comenzado una relación...

—¡Sois novios! —gritó la prima de Raquel dando saltos sobre sí misma a la vez que daba palmas con las manos, entusiasmada.

Bruno observó a su tía postiza y de inmediato la imitó, arrancándoles carcajadas al resto de las

chicas.

—Bueno, bueno... —comenzó a hablar Danielle, intentando controlar el entusiasmo de su amiga—. No hemos puesto etiquetas a lo que tenemos...

—Pero... —fue Lucía la que habló en esta ocasión.

La francesa suspiró y se sentó en una silla de estilo Luis XIV que había cerca de ella.

—No volverá a Nueva York. Se queda aquí... —Miró a su hijo con cariño—. Con nosotros.

—¿Y su trabajo? —preguntó Elsa de pronto.

—Jaime dice que su jefe quería abrir una sucursal en nuestro país, como punto de tránsito de muchos de los productos que acaban en Estados Unidos —explicó—. Su intención es que algunos viajen a América porque no haya más remedio, pero otros podrán ser reparados aquí. Parece ser que en nuestro país hay bastante fanatismo por los objetos *vintage*, y podrían sacar bastantes beneficios.

Mónica se dejó caer en el suelo junto a Bruno y comenzó a jugar con él.

—Entonces se queda... —repitió buscando que su amiga lo corroborara.

—Sí, se queda. —Acarició la cabeza de su hijo y repitió—: Con nosotros.

—Me alegro mucho, Danielle —afirmó Elsa, y su hermana movió la cabeza de manera afirmativa aprobando las palabras de esta.

—¿Y Buffy? —preguntó de pronto Mónica.

—¿Qué pasa con ella? —interrogó Danielle.

—Bueno, no quiero ser agorera, pero... —dudó— ¿no están juntos?

—¿Jaime y Buffy? ¿La americana? —preguntó Elsa confusa.

—¿Qué otra Buffy conoces, hermana? —comentó Lucía, recibiendo un pescozón como respuesta.

Danielle se rio ante ese comportamiento.

—No, no están juntos —aclaró sonriente—. Buffy solo quiso ponerme celosa para obligarme a reaccionar...

Mónica dio una palmada al aire y exclamó:

—¡Me gusta esa chica!

La francesa arrugó el ceño.

—¿Te gusta que me haya hecho sufrir?

—Bueno, en realidad, según tú no sentías nada por Jaime, por lo que...

Danielle golpeó el hombro de su amiga.

—Eres mala.

Mónica se carcajeó.

—Te debía una. —Le sacó la lengua.

Ella la empujó y ambas se rieron.

—Pues espero que te caiga bien Buffy.

La prima de Raquel elevó su ceja, extrañada ante el comentario.

—¿Por qué lo dices?

—Jaime me ha dicho que regresa a Nueva York y va a compartir piso con Dulce, tu prima.

Mónica se rio y exclamó:

—Que tiemble la Gran Manzana.

Las otras tres chicas también estallaron en carcajadas al imaginarse a esas dos juntas.

—¿Y tus padres? —se interesó Lucía al rato—. ¿Han regresado a su casa?

Danielle asintió.

—Pero por un corto período de tiempo —indicó—. Mi padre quiere arreglar sus asuntos en el hospital, hablar con la junta directiva para que recorten sus horas de operaciones y así puedan venirse a vivir cerca de su nieto. Solo viajaría a Francia cuando fuera necesario.

—¿Se vienen a vivir aquí? —preguntó Mónica.

Danielle asintió y tomó entre sus brazos a Bruno.

—Sí, se han enamorado de este pequeñín y dicen que no podrían estar tan lejos de él.

—Me alegro mucho —afirmó su amiga.

—¿De qué te alegras? —interrogó Raquel nada más entrar en la tienda.

Mónica miró a su prima y señaló a Danielle.

—De nuestra amiga y lo bien que le han salido las cosas.

La novia de Tony asintió conforme.

—Jaime no podría estar en mejores manos —afirmó.

Su prima se levantó del suelo y la observó sorprendida.

—¿Tú ya lo sabías?

Raquel se encogió de hombros y le guiñó un ojo cómplice.

—Es lo bueno de que uno de los implicados sea tu mejor amigo.

—Pero eso no es justo —exclamó de manera exagerada, provocando que los allí reunidos se rieran.

—Venga, primita. No te quejes. Tú tienes influencias en otros campos...

—Pero, pero...

Raquel atrapó su brazo y le dio un beso.

—Prometo que, si me entero de algo antes que tú, te lo diré de inmediato.

Mónica abrió y cerró la boca sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Me rindo.

—No te pongas así —la reprendió Raquel—. Ya sabes que te queremos mucho...

—A pesar de tu vena cotilla —añadió Lucía.

Elsa le dio una colleja y huyó de su lado corriendo, no sin antes añadir:

—Habló la santa.

Danielle sonrió al ver a su familia, la que había llegado por un giro del destino y que no cambiaría por nada ni nadie.

—Chicas... —las llamó deteniendo su diversión—, os quiero.

Las cuatro amigas la observaron y con rapidez se acercaron a ella para darle un gran abrazo de oso.

—Nosotras también te queremos, francesita —indicó Mónica.

—Mucho —añadió Raquel tras darle un beso en la mejilla—, pero ahora, tenemos que irnos.

—Sí, aunque no entiendo por qué, hoy que libro, debo acabar el día en el bar de Ceci —indicó Lucía colgándose del brazo de Elsa.

—No te quejes, hermanita. Todos sabemos que es tu lugar favorito.

—Y más cuando Israel te está esperando allí —comentó Mónica—. Todavía no sé lo que puedes ver en mi hermano.

Lucía le guiñó un ojo cómplice.

—No quieras saberlo.

Mónica negó con rapidez con la cabeza.

—No, mejor no. —Hizo un sonido de asco exagerado, provocando que volvieran a reírse.

—Elsa, Martín todavía no había llegado cuando yo me fui —le informó Raquel—. Tony me ha dicho que va a tardar un poco más...

La hermana de Lucía asintió con la cabeza.

—Lo sé. Me mandó un WhatsApp explicándome que el juicio de Sarah se había retrasado un poco y que no llegarían los tres hasta un poco más tarde.

—¿Miguel estaba con ellos? —se interesó Danielle.

—Ajá... Desde que esos dos decidieron dar el paso de estar juntos, no se separan ni a sol ni a sombra —indicó Elsa.

—Fue terrible lo que le pasó a Sarah. Espero que lo supere —comentó Lucía temblando.

Su hermana le pasó un brazo por los hombros y Mónica le apretó la mano.

—Es tan fuerte como tú —señaló Raquel—. Las dos sois muy fuertes y, si en algún momento necesitáis hablar...

—Aquí estamos —acabó Danielle por ella—. Somos una familia que está tanto en lo malo como...

—En lo bueno —la interrumpió Mónica.

Las cinco chicas movieron la cabeza de manera afirmativa.

—Y ahora, tenemos que irnos —anunció Raquel—. Se estarán preguntando por qué estamos tardando tanto...

—Así es —indicó Jaime entrando en la tienda—. Lucas dijo que seguro que os pillaría hablando, y no le faltaba razón.

Las chicas comenzaron a hablar todas a la vez, con multitud de excusas que lo único que consiguieron fue arrancarle una carcajada al recién llegado.

—Ya está, ya está... —gritó intentando hacerse oír—. ¿No tenéis hambre?

—Canina —señaló Lucía.

—Por supuesto —concedió Mónica.

—Pues al bar de Ceci —ordenó al mismo tiempo que daba una palmada en el aire.



Epílogo

—¿Tú adónde vas? —le preguntó Jaime atrapándola por la cintura antes de salir de la tienda.

Danielle se volvió riendo hacia él, al igual que su hijo, que seguía entre sus brazos.

—Al bar de Ceci.

—¿Y mi beso?

—Has venido muy mandón, ¿no? —le dijo en tono de broma.

Bruno alzó las manos hacia él, y Jaime no dudó en tomarlo entre sus brazos.

—Ya veo que aquí el único que me quiere es este pequeñín —comentó mostrando un puchero en la cara que le hizo reírse aún más fuerte.

Danielle se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y otro a su hijo.

—¿Contento?

Jaime gruñó y negó con la cabeza.

—Se podría mejorar. —Se acercó a una cuna antigua de madera blanca con decoración de flores azules y dejó al pequeño dentro de ella, con el monito que no soltaba para nada. Observó a la joven con mirada lobuna y movió el dedo índice, animándola a que fuera hasta él.

La chica se rio con timidez, sintiendo como sus mejillas enrojecían, e hizo lo que le pedía.

Posó sus manos en las caderas masculinas y buscó sus verdes ojos.

—¿Qué quieres? —le preguntó conociendo la respuesta.

Jaime atrapó su cara con ambas manos y acercó su rostro al de ella, dejando una mínima separación entre los dos.

—Mi beso...

Danielle sonrió traviesa.

—¿Y el mío?

Él gruñó, achicó los ojos y le acarició los labios provocando que su cuerpo temblara ante el contacto.

—Nuestro beso —corrigió en tono más grave.

Ella se rio, acortó la distancia que los separaba y atrapó la boca masculina con pasión.

FIN

Agradecimientos

Con esta última entrega llegamos al final de la serie *Y llegaste tú*, una aventura literaria que me ofreció dar un paso más dentro de esta profesión tan caótica que es la de escritora. Paso a paso, libro a libro, he ido adentrándome un poco más en un género como es el *new adult*, que solo conocía a través de la lectura y que, si no hubiera sido por esas personas que creyeron en mí desde un principio, que me animaron para que lo escribiera, nunca me habría atrevido.

Se lo debo, sobre todo, a tres personas que puedo llamar amigas.

Esta serie nació gracias a Moruena Estríngana, una gran escritora y mejor amiga que siempre creyó en mí y que desde el otro lado del teléfono me insiste una vez y otra para que siga escribiendo. Ella cree en mí más que yo misma y solo por eso le debo mucho.

Ade, mi editora en Click Ediciones, hizo el trabajo más fácil de lo que parece. Confió en una historia loca y rocambolesca en la que, a pesar de preguntarme si la novela de Raquel y Tony acabaría bien, y yo asegurarle que sí, creo que hasta que no leyó la segunda parte no respiró tranquila. Es una editora que puede llevar con orgullo sobre sus hombros su profesión y que logró que volviera a confiar en ese trabajo que muchas veces vemos desde la distancia. Gracias por apostar por esta serie y por mis letras.

Y, por último, pero no menos importante, Laura. Mi lectora cero, la persona que lee capítulo a capítulo todo lo que voy escribiendo, a pesar de las horas intempestivas a las que se lo mando, y que, con sus consejos o sus regañinas, demandándome más lectura, me ha hecho llegar al final de una serie que, como ya he dicho, me ha cambiado la vida.

Gracias a ella os he conocido a muchos de vosotros, lectores que entrega a entrega habéis confiado en la serie, que en origen se iba a llamar *Puede ser*, título que, tras los consejos acertados de mi editora, cambiamos a *Y llegaste tú*.

Paradójico, si nos paramos a pensar...

Seguiremos en esta brecha, en esta línea que se ha vuelto adictiva en mi vida y en la que mi familia, y por supuesto Juan y Gaby, me apoyan para que continúe cada día.

Gracias por vuestro amor.

Estoy deseando saber qué os ha parecido toda la historia, por lo que no dudéis en buscarme por las redes sociales. Allí estoy más que dispuesta a escucharos... o, mejor dicho, a leerlos.



Biografía

Merche Diolch nació en Madrid el día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos con los que colaboró en diferentes antologías literarias, hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*.

Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores, logrando cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía siguen sorprendiendo sus excelentes resultados.

Sus series *Rapax* y *Dulce y salado* no dejan de atraer nuevos lectores, recogiendo buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión, «sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, cuyo galardón alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los «Encuentros Literarios RA», que se celebran cada año y a los que asisten más de seiscientas personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil, con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés:

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: @MercheDiolch

Instagram: @merchediolch

Danielle

Y llegaste tú 12

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Merche Diolch, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21420-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html> **Otros títulos de Click Ediciones:**

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Tú eres mi vez

Judith Priay

Latidos de una bala

Alexandra Roma

Eres mi mejor sueño

Clara Álbori

Mi sol, mi luna

Calista Sweet

NOVELA
ROMÁNTICA

